

CORRESPONDENCIA

TIERRA SANTA

Sidón.—Sus orígenes.—Antigua prosperidad.—Vicisitudes.—Visítanla el Salvador y San Pablo.—Es tomada providencialmente por los Cruzados.

El Rdo. P. Fr. Angel Ullibarrí, misionero franciscano, escribe al reverendo Padre Director de *El Eco Franciscano* desde Saida (Sidón), el 19 de Mayo de 1894:

Muy estimado Padre: En cumplimiento de mi promesa voy á decirle cuatro palabras sobre esta antigua ciudad de los fenicios.

Atribúyese su fundación á Sidón, primogénito de Canaán y nieto por consiguiente de Noé. En la distribución que se hizo de la tierra prometida, tocó en suerte á la tribu de Aser, la cual, no pudiendo ó no queriendo exterminar á sus antiguos moradores, la habitó por mucho tiempo en unión con ellos. A la llegada de los israelitas debía ser ya una población importantísima, pues en el libro de Josué se la llama *Sidonem magnam*, la gran Sidón. Hasta ella persiguió este ilustre caudillo del pueblo escogido á los reyes de los amorreos, heteos, fereceos, jebuseos y otros que se habían coligado contra él, y en ella fué en donde concluyó de derrotarlos.

De su antigua prosperidad nos da relevantes pruebas la Escritura, no menos que de su corrupción y castigos. Sabido es el elogio que Salomón hizo de sus habitantes, cuando queriendo edificar aquel suntuoso templo, una de las maravillas del mundo, escribía al rey Hirán estas palabras: «Manda que tus siervos corten para mí cedros del Líbano, pues bien sabes que no se encuentra en todo mi reino ni un solo hombre que sepa cortar y tallar la madera como los sidonios.» A ellos se debe, según muchos historiadores, la fundación de Tiro su rival, y no falta quien les atribuya la invención de

la escritura, de la navegación, de la fabricación del vidrio, y de otras muchas cosas importantes cuyo origen se pierde en la obscuridad de los tiempos.

Distinguiéronse también en la confección de la púrpura, y aun hoy día se encuentran indicios evidentes de una de sus fábricas en la parte S. O. de la ciudad.

Enumerar las múltiples vicisitudes porque ésta ha pasado en el transcurso de tantos siglos como lleva de existencia, además de ser materia muy complicada y difícil, sería más bien propia de un historiador que de quien no tiene otro objeto que redactar una simple correspondencia. En consecuencia de esto, sólo diré que, independiente por algún tiempo bajo el gobierno de sus reyes, fué cayendo sucesivamente en manos de los egip-

cios, asirios, persas, griegos y romanos, hasta venir á parar á las de los turcos.

Fué visitada por nuestro Divino Salvador, de quien leemos en San Marcos, que dirigiéndose desde Tiro al mar de Galilea ó Tiberiades, pasó por Sidón. Acaso de la buena acogida que ambas ciudades le dispensaran, y más aun de la buena disposición en que las veía para recibir su doctrina, tomó ocasión Su Divina Majestad para increpar tan duramente á Corozain y Betsaida, diciéndolas: «¡Ay de ti, Corozain! ¡ay de ti, Betsaida! pues si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los prodigios que en

vosotras, tiempo ha que hubieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza: por esto os digo, añadía, que Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras en el día del juicio.»

Fué honrada también esta ciudad con la visita del apóstol San Pablo, pues dicen los Hechos Apostólicos que siendo conducido prisionero á Roma se le permitió desembarcar aquí para visitar á sus amigos, que serían los cristianos. Por lo menos, no cabe duda que debía haberlos ya aquí en aquel tiempo; pues consta por el Evangelio de San Lucas, que entre la gran multitud de los que seguían á Cristo y se hallaron presentes al sermón de las Bienaventuranzas se contaban también los sidonios.



JAPÓN.—Ilmo. Midón, de las Misiones Extranjeras, obispo de Osaka
(Pág. 384)

Fué natural de aquí San Zenobio, médico y sacerdote, martirizado en Antioquía á fines del siglo III. Consta además que fué ciudad episcopal, pues vemos que sus Obispos firmaron las actas de algunos de los primeros Concilios de la Iglesia, entre ellos el Niceno, el Constantinopolitano y el Calcedonense.

Inútil es decir la suerte que le cupo cuando la invasión sarracena, pues sabido es que cayó en su poder como las demás ciudades de Oriente. En 1111 fué recuperada por los Cruzados á las órdenes de Balduino I. Referiré brevemente este suceso por lo que tuvo de providencial.

Creyéndose inexpugnables y seguros los secuaces de Mahoma, comenzaron á burlarse de los soldados de Cristo desde lo alto de las murallas y castillos, no de otra suerte que lo hicieron los jebuseos con David, cuando quiso tomarles la fortaleza de Sión. Hallábanse entre los primeros algunos cristianos renegados, los cuales, llevando su impiedad más adelante que los infieles mismos, plantaron una cruz en uno de los torreones del fuerte principal, y pasando por delante de ella la insultaban y escupían á vista de los Cruzados. No satisfechos con esto, y juzgándose á cubierto de la ira de Dios como creían estarlo de la de los hombres, llegó su impío atrevimiento hasta cometer los más horribles sacrilegios. Horrorizados los soldados de la cruz de tal profanación, se prosternaron en tierra suplicando con todo fervor á la Divina Majestad que se dignase volver por su honra indignamente conculcada. Tan fervorosas oraciones no pudieron menos de ser oídas por el Altísimo, quien mandó un rayo tan terrible que derribó la torre hasta los cimientos, quedando sepultados bajo sus ruinas aquellos renegados, verdaderos tizones del infierno. Aterrados los sarracenos por acontecimiento tan terrible, perdieron todo su valor, y los cristianos por el contrario, alentados con tal prodigio y redoblando sus fuerzas, asaltaron de improviso y con impetu invencible la ciudad, apoderándose de ella inmediatamente. De esta suerte hicieron triunfar la cruz en donde había sido tan injuriada.

Antes de terminar por hoy, referiré un acto heroico de San Luís que tuvo lugar al S. de esta ciudad.

Hallándose este gran Rey é ilustre terciario franciscano reconstruyendo las murallas de Jafa, mandó gran número de operarios para que reedificasen las de esta población. No viendo esto con buen ojo los turcomanos, y sabiendo además la poca guarnición con que contaba la plaza, la atacaron furiosamente, haciendo en ella y sus alrededores horrible carnicería de cristianos. Llegó tan infausta noticia á conocimiento de San Luís, quien inmediatamente se dirigió á Sidón, al Mediodía de la cual encontró todavía insepultos y en estado de putrefacción los cadáveres de los que él llamaba mártires de Cristo. Al ver tan triste espectáculo, ordenó inmediatamente á sus tropas que les diesen sepultura, y observando que repugnaban hacerlo por el horrible estado de descomposición en que se hallaban, se apeó de su caballo, y él mismo les dió ejemplo conduciendo en sus hombros los muertos á la fosa. Cumplida esta gran obra de misericordia, entró en la población y se dedicó con empeño á terminar cuanto antes sus fortificaciones. Permaneció aquí varios meses, y cuando estaba

ya para concluir el castillo, que todavía hoy lleva su nombre, recibió la triste noticia de la muerte de su santa madre, á quien había dejado por regente del reino. Le fué, pues, preciso abandonar esta ciudad, la cual treinta y siete años después cayó definitivamente en poder de los sarracenos.

TUNG-KING

*Mala voluntad del Residente gobernador de la provincia.—
Destrucción de una pagoda*

El Rdo. P. Fr. Pedro Muñagorri, de la Orden de Predicadores, desde Ngoc-Duong escribe el 18 de Julio de 1893 á su reverendo Padre Provincial:

EN la relación que escribí á V. R. á últimos del año pasado, le hablaba sobre el gran movimiento que había hacia el Catolicismo, y el considerable número de los bautizados en estos últimos años, en sólo este partido; pero, si mal no recuerdo, también decía á lo último de la relación, que el tal movimiento al Catolicismo empezaba ya por entonces á resfriarse, á causa del proceder del Residente que entonces gobernaba esta provincia, y que actualmente aún gobierna, sin duda alguna por permisión de Dios, para acrisolarnos bien en la prueba de la tribulación; pues bien sabido es que las obras de Dios, regularmente van acompañadas de tribulaciones, trabajos y contratiempos, en medio de los cuales se purifican más y más y echan más hondas raíces.

Además, sin duda alguna que Dios lo permite así para que no nos ensoberbeczamos al ver tantas y tantas almas como se convierten cada año, atribuyéndolo á nuestra pericia y á nuestros trabajos; sino que más bien, después de haber trabajado lo que está de nuestra parte, nos reconozcamos por siervos inútiles delante de Dios, recordando lo que dice San Pablo, que: *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus.*

Y ¡qué claro se ve aquí esto que dice San Pablo! pues cuando Dios Nuestro Señor vuelve sus ojos misericordiosos sobre estos infelices que están en las tinieblas de la infidelidad y derrama sus gracias en abundancia, entonces se ven conversiones en abundancia; pero cuando Dios Nuestro Señor, por sus altos juicios, aleja un poco sus manos misericordiosas, entonces se ve claro lo poco que somos y la poca parte que tenemos en la gran obra de la conversión de las almas, pues entonces, por más que les prediquemos y los exhortemos á la conversión, oyen nuestras exhortaciones como quien oye llover.

Como he dicho arriba, el Residente que actualmente gobierna esta provincia, por su proceder con respecto á los católicos, ha causado muchísimo daño á la Religión en esta provincia, y nos ha dado muchos disgustos y malos ratos, haciendo que se parara casi por completo el movimiento religioso, porque no sólo no presta protección á los cristianos, sino que su proceder ha manifestado claramente que nos aborrece y también aborrece á los cristianos; y esto todos los infieles de la provincia lo han conocido, por lo que han comenzado á propalar que el Residente prohíbe la Religión cristiana,

y á molestar á los cristianos, calumniándolos de mil maneras; así que, al ver esto, muy pocos son los que se atreven á abrazar el Cristianismo: efecto de ello, este año no he tenido en este partido más de cincuenta bautismos de adultos.

En otras dos cristiandades están ya preparados para recibir el bautismo unos cien catecúmenos más; pero todavía no los he querido bautizar, para probarlos por más tiempo, y ver si son verdaderos sus propósitos.

Ya está V. R. enterado por las cartas de otros Padres misioneros, acerca de las grandes dificultades que hay para la conversión de estos infelices, á causa de los grandes obstáculos que tienen que vencer.

Hablando en general, sin duda alguna que una de las mayores dificultades que estos desgraciados encuentran para abrazar la Religión católica, es el tener que abandonar el culto idolátrico que dan á sus progenitores, porque dicen ellos, que es una gran ingratitud para con aquellos que les dieron el ser, el abandonarlos completamente después de muertos, sin ofrecerles sacrificios.

He dicho que ésta es una de las mayores dificultades que encuentran para la conversión, hablando en general, porque si descendemos á cosas particulares, hay otra dificultad, que á muchos les cuesta vencer mucho más que la que acabo de mencionar, y es el verse obligados á abandonar las muchas mujeres que poseían en la infidelidad, y tener que sujetarse á vivir con sola una mujer, según las leyes de la Iglesia, como lo verá claramente por el caso siguiente que me sucedió en una de las cristiandades de este partido.

En el pueblo de Lang-Hoi, donde una tercera parte son cristianos, hay un prefecto de Toparquía, infiel, quien con la autoridad que tiene, hace lo que le da la gana en dicho pueblo. Ese prefecto se encontró en una ocasión comprometido ó enredado en un grave asunto; los mandarines ya le habían cogido preso, y el pobre, sin protección y sin poder apenas defenderse, estaba expuesto á tener que sufrir mucho, y tal vez á perder toda la hacienda, quedándose por puertas.

En semejante apuro acudió á mí suplicándome tuviese compasión de él, ayudándole en aquel trance, y que si podía conseguir que volviese en paz á su casa se convertiría á la Religión católica él con toda su familia y parentela.

Le ayudamos, pues, lo que buenamente pudimos, más bien por caridad, que fiados de sus promesas, y conseguimos el que pudiese volver en paz á su casa.

Entonces no se contentó con empezar á instruirse en la doctrina cristiana él con toda su familia y parentela, sino que procuró también que toda la parte infiel del pueblo le imitase abrazando la única verdadera Religión; y como tenía tanta autoridad en el pueblo, la mayor parte escucharon su exhortación y le siguieron, comenzando inmediatamente á instruirse en las verdades de nuestra sacrosanta Religión con mucho fervor, en número de unos doscientos.

Me entregaron los ídolos y demás objetos de superstición: todo el pueblo hizo una escritura, y con ella vinieron á suplicarme que derribase una gran pagoda y varias pagodillas que tenían, para poder hacer con su madera y ladrillos una iglesia decente, convirtiendo así en un lugar sagrado, donde se diera en adelante

culto al único verdadero Dios, lo que antes era adoratorio del diablo.

En efecto, derribé inmediatamente, según su petición, pagoda, pagodillas y todo lo que olía á superstición, sin dejar rastro de ello en todo el pueblo, y les hice con ello una iglesia decente, con dos casitas más junto á la iglesia, para habitación del catequista y del misionero.

Estando, pues, estudiando todos el Catecismo con mucho fervor, avisé al dicho prefecto que, si tenía una voluntad sincera de recibir el Santo Bautismo, era menester que dejase la segunda mujer.

Entonces empezaron las dificultades. Me respondió que él, sí, tenía verdaderos deseos de abrazar la Religión, y que podía observar por completo todos los deberes de la Religión, pero que solamente me pedía una gracia, y era, la facultad de poder continuar con las dos mujeres, pues decía que le era imposible el separarse de la segunda mujer; yo le insté diciendo que, si no se separaba de la segunda, le era imposible recibir el Santo Bautismo.

Al ver él que sin abandonar su segunda mujer le era imposible el abrazar la Religión católica, se volvió atrás, y así como antes exhortaba á todo el pueblo á que le imitasen abrazando la Religión católica, después exhortó á todos á que mudasen de propósito, con el pretexto de poder continuar dando culto á sus antepasados; pero no era el culto á los antepasados lo que él sentía más abandonar, sino su segunda mujer. Entonces sentía mucho el haberme pedido antes la destrucción de la pagoda y pagodillas y demás objetos de superstición, y hasta probó fortuna, á ver si calumniándome ante las Autoridades podía conseguir que le devolviese la iglesia para convertirla en pagoda. Con este objeto subió á Ha-Noi á acusarme ante el virrey, diciendo que yo les había engañado, y que por fuerza les había destruido sus pagodas, etc.; pero como el virrey nos conoce muy bien á los misioneros, y sabe nuestro modo de proceder en semejantes casos, y además tenía yo la escritura, no les escuchó la demanda, echándoles en cara que, si ellos no hubiesen venido á pedirme que destruyese sus pagodas, yo no las hubiera destruido; así que volvieron de Ha-Noi como fueron. Veremos lo que perseverarán.

Sin más, suplico á V. R. ruegue mucho á Dios Nuestro Señor, para que nos conceda la paz religiosa tan deseada en esta provincia, para que otra vez continúe el movimiento religioso que ahora se ha paralizado por el proceder del Residente de esta provincia.

NIN-TAO (Vicaría apostólica de Emuy)

Interesante excursión apostólica

El Rdo. P. Ramón M.^a Alier, O. P., escribe en Agosto de 1893 al reverendo Padre Provincial:

Muy venerado Padre: A fin de satisfacer los justos deseos de V. R., tomo la pluma para hacer relación de este distrito, llamado Kue-lam, al que la obediencia me ha destinado. Fué fundado en 1863, y es uno de los campos en donde el Rdo. P. Nicolás Guixá (R. I. P.) desplegó su celo y actividad.

Este vasto distrito, que de N. E. á S. O. se necesitan dos días para recorrerlo, está limitado al S. por el mar, y al N. por el monte llamado Toa-bo, desde cuya cumbre se divisa toda la prefectura de Chian-chiu.

El territorio designado con el nombre de Kue-lam, mirado desde el punto de vista material, nada tiene de halagüeño. Se diría que la naturaleza sólo ha concedido á sus moradores lo estrictamente necesario para no morir de miseria, y eso á trueque de trabajar sin tregua ni descanso para poder sacar del producto de sus sudores lo indispensable para la vida.

Anchos y dilatados arenales que circunda la mar; grandes llanuras que, sin ser arenales, son tan estériles, que apenas se ve brotar una hierba; tierras de secano que, si las lluvias vienen á tiempo, á fuerza de brazos rinden lo necesario para la vida; montes pelados en donde apenas se divisa la vegetación, y sí grandes peñascos, ennegrecidos por las lluvias y el sol, es lo que se ofrece á la vista del transeúnte.

Este es el panorama nada risueño que presenta la topografía del país llamado Kue-lam.

La existencia de este nuevo distrito de la Misión, que empieza en el pueblo de Lam-pi-lao, distante dos horas de la antigua cristiandad de Kang-boe, se debe, después de Dios, al carácter emprendedor del ya mencionado P. Guixá y á su famoso catequista, tercero de la Orden é insigne bienhechor de la Misión, Domingo Kem-Teg-sien.

Iniciado ya el movimiento hacia nuestra Santa Religión, el Rdo. P. Ramón Colomer vino á colaborar con el P. Guixá, desempeñando, ya que no el papel más principal, sin duda el más necesario, pues con sus asiduas instrucciones, y con una paciencia y caridad dignas de todo elogio, iba consolidando y extendiendo las nuevas conquistas espirituales que el P. Nicolás y su catequista, como soldados de vanguardia, iban haciendo.

Es preciso verlo por sí mismo y recorrer las grandes distancias y numerosos lugares en donde hay ó hubo catecúmenos ó neófitos, para formarse una idea del trabajo colosal que emprendió.

Su celo no se limitó á esta zona, tan ingrata desde el punto de vista material conforme dejo descrito, sino que, pasando á la otra parte del monte llamado Toa-bo, que limita este territorio llamado Kue-lam, plantó el estandarte de la cruz en la zona opuesta, territorio que en comparación del ya descrito de Kue-lam se parece á un jardín, pues desde el pie del monte se extiende una vega fértil y risueña, cruzada en todas direcciones por canales, y el centro por un caudaloso río que desemboca en el mar.

En este valle, llamado Pe-chui-ia, después de muchas contradicciones inherentes á toda nueva fundación, pudo fijar sus reales, edificando un pequeño oratorio y habitación para el misionero en un pueblo llamado Cheng-na, extendiendo desde aquí su actividad hasta muy cerca de la antigua cristiandad de Chio-bi, y teniendo el consuelo de ver convertida toda una familia, á una hora de distancia de la ciudad de Hay-ten, subprefectura del mismo nombre, habiendo ya actualmente otra familia cristiana en un pueblo inmediato, que sirven de intermedio para las nuevas estaciones que,

mediante la gracia de Dios, se van formando en la misma subprefectura y que se hallan comprendidas en esta zona.

Antes de proseguir la relación de las diversas visitas, que durante el tiempo que llevo encargado de este nuevo distrito he hecho, voy á dejar consignados los puntos ó estaciones en donde la actividad del P. Nicolás levantó, ya iglesias, ya casas-oratorios, á fin de administrar estos nuevos cristianos.

En Lam-pi-lao, iglesia formal y casa-residencia.

En Toa-lim, oratorio y habitación para el misionero.

En Kang-Kan, iglesia y casa.

En Pe-chio, iglesia y casa.

En Au-pi, oratorio y habitación para el misionero.

En Lam-ke, iglesia y casa.

En Ten-ke, iglesia y habitación.

En Cheng-na, oratorio y habitación.

Estas son las diversas estaciones de mi nuevo distrito. Este año se ha añadido otra en el pueblo de E-tiu, en el territorio de Kua-xim, cuatro horas más hacia al S. O. de la estación de Cheng-na. Los catecúmenos han alquilado á sus expensas una casa que sirve de oratorio y morada del misionero; más adelante, si perseveran, se podrá formalizar. Los muebles que he mandado se reducen á una silla de caña de las dos que había en la habitación de Cheng-na; los demás utensilios son prestados.

El día 15 de Febrero del año pasado, día que cumplía cuarenta y cuatro años, después de una vida de soldado de guarnición, y (dispénsame V. R. este modo de hablar, si bien es el que más al vivo explica la vida del misionero, pues soldados somos los misioneros en campaña, de la milicia espiritual de la Iglesia de Jesucristo), confiando en Dios, tomé el báculo y salí de Kang-boe para recorrer este extenso distrito.

Mi primera visita fué á Pe-chi-ia, ó sea á la estación del pueblo de Cheng-na, en el valle de Pe-chui-ia. Esta cristiandad no me era desconocida, pues desde el año anterior había sido agregada al distrito de Kang-boe, y consiguientemente ya la había visitado y administrado.

Terminada la administración de esta cristiandad, que según dejo indicado, está situada en la zona opuesta al territorio de Kue-lam, como mi objeto era recorrer antes de Pascua todo el distrito, y una vez á la otra parte del monte Toa-bo, en donde para mí todo era nuevo, sin conocer ni los caminos ni las distancias no era fácil acercarme á los distritos antiguos, me dirigí al distrito del P. Mariano para reconciliarme.

De Au-poa me fuí á Nia-tao, en donde ya estaba esperando un neófito del pueblo de Chen-te, subprefectura de Hay-ten, cuyo pueblo debía ser la primera etapa.

Era el sábado de la primera semana de Cuaresma cuando salí de Nia-tao. Estaba lloviznando, y el viaje por tierra era de tres horas de marcha. Viendo mi gente animada, les dije:

—Hoy es sábado, día de la Santísima Virgen; adelante; Ella nos protegerá. En todo caso, aun tenemos dos horas de barco sin peligro de mojarnos, y podemos observar si la lluvia se formaliza, ó sólo prosigue lloviznando. Si se declara mal tiempo, nos quedaremos en

Chio-be á celebrar el domingo. Sin necesidad no conviene hacer alto allí, pues si entramos, siendo mañana domingo, aquella buena gente no nos permitirá salir, y no conviene detenernos inútilmente.

Llegamos por fin á la una de la tarde al pueblo de Chen-te, algo mojaditos, pero sin novedad. En este pueblo, todo gentil, hay una sola familia cristiana, y con el jefe de esta familia está casada una hija de la Santa Infancia, mujer de raras prendas, y que tal vez la Providencia la ha colocado aquí para propagar la Religión cristiana. Antes de venir esta hija de la Santa Infancia á este pueblo, la familia, que es neófita, padecía grandes contrariedades por parte de los gentiles, que los vejaban siempre y cuanto podían. En cuanto ella llegó, con sus buenos modales y discreción se ganó

Entonces, viendo mi resolución, en un arranque solemne me dijo:

—Padre, ya lo sé, no quiere pernoctar en mi casa porque ve que soy una pobre.

Estas palabras me llegaron al alma, y le contesté:

—Has ganado pleito: So-kua (este es su nombre), me quedo aquí.

Había tocado la fibra más delicada de mi corazón. Marcharme porque era una pobre, esto jamás.

Bien ó mal se pasó la noche, y muy temprano barrieron y limpiaron el local, se preparó el altar, y al despuntar el día ya había celebrado la Misa.

Después del desayuno salimos para el pueblo de Pipo, á donde llegamos á las diez de la mañana. Como mi principal objeto era hablar con los catecúmenos, viendo



AFRICA ORIENTAL.—Mandara, sultán de Motchi y jefe principal del Kilima-Ndjaro. (Pág. 375)

la voluntad de todos, de modo que al presente viven en paz con todo el mundo.

Mi primer intento era pernoctar allí y administrarlos, pero como el día siguiente era domingo y era tanta la estrechez y poca decencia del local para celebrar el santo sacrificio de la Misa, estaba determinado á proseguir el viaje hasta otro pueblo llamado Pi-po, que distaba tres horas.

La hija de la Santa Infancia, al notar mi resolución, exclamó:

—¿Cómo, Padre! ¿No quiere quedarse aquí y decirnos Misa?

—¿Cómo quieres, le contesté, que siendo mañana domingo de Cuaresma me quede hoy aquí sin poder mañana celebrar, pues ya ves que el local no es decente?

que esto era imposible por la aglomeración de gentiles, les dije que por la tarde fuesen al pueblo de Lam-lo, distante una hora de allí.

Después de tomar un ligero refrigerio me fui andando á aquel pueblo, en donde hay un buen viejo bautizado ya, y que vive como un patriarca al extremo del pueblo en una casita que se ha edificado, separado de su mujer, hijos y nuera, que se resisten á hacerse cristianos. Allí pude descansar, porque si bien la casita se reduce á tres cuartitos, el buen viejo me cedió dos, uno para mí y otro para servir de oratorio. Estaba todo limpio, y sobre todo tranquilo, que era lo principal.

Al anoecer ya habían llegado los catecúmenos del pueblo de Pipo, y otros de otros pueblos, formando con todos una pequeña congregación que llenaba el impro-

visado oratorio. Se rezaron en común las preces de la noche y el Santísimo Rosario, y como la curiosidad había atraído muchos gentiles, les dirigí cuatro palabras, dejando los asuntos de los catecúmenos para el día siguiente después de Misa, que, con objeto de evitar que nos estorbaran de nuevo los gentiles, celebré antes de amanecer.

De este pueblo me volví por el río á la cristiandad de Cheng-na, y de allí pasé á la otra parte del monte Toa-bo para ir á la cristiandad de Lam-ke. El viaje, parte es por el río y parte por tierra. Desde el desembarcadero hasta la iglesia de Lam-ke, se tardan cinco horas. La mitad del camino, á pesar de ser montuoso, es pasadero, pero la otra mitad lo es de cabras. Después de haber andado este camino dos veces, viendo que los que me seguían se quejaban, pregunté si había otro. Me contestaron que había el que ellos llaman real, pero que era más largo. Este año por Mayo, al visitar esta cristiandad, quise ver qué tal era este camino, y con ser más largo, pues visiblemente hace una curva; como es más suave, es muy insignificante la diferencia.

Hay aún otro que, partiendo de esta zona del valle del Pe-chui-ia, llega á Lam-ke (que es la primera cristiandad que se encuentra del territorio denominado Kue-lam), y que partiendo del pueblo de E-tiu (que es el nuevo centro cristiano que se está formando en el territorio de Kua-xim, como dejo indicado), atraviesa el monte de Toa-bo por su extremo S. O., siguiendo la dirección hacia el S. E. Poco más ó menos la distancia es como la de las otras dos vías, y dicen que es llano.

El año pasado, por Diciembre, al visitar este nuevo centro cristiano, iba á internarme en el territorio de Kue-lam, recorriendo este nuevo camino, pero la noche anterior á la salida, el cristiano que me acompañaba se puso gravemente enfermo, teniendo que volver á la cristiandad de Cheng-na, y tomar otro rumbo.

La cristiandad de Lam-ke es verdaderamente un pequeño rebaño: *pusillus grex*, según la palabra del Evangelio. Mucho trabajó el P. Nicolás para conservarlo y aumentarlo; pues comprendía muy bien la gran utilidad ó casi necesidad que había de esta estación, que sirve como de intermedio entre una y otra zona. Cuando el año pasado, por Diciembre, tuve que cambiar de itinerario, partiendo de la cristiandad de Cheng-na hasta la cristiandad de Pe-chio, que está en la zona opuesta, tuve que andar todo el día hasta ya entrada la noche, y estos viajes largos son pesados para todos.

La necesidad de hacer un esfuerzo para conservar esta estación, es más visible en atención á que á hora y media de distancia de la iglesia de Lam-ke está la cristiandad de Ten-ke, casi abandonada. Parte el corazón del misionero viniendo á Lam-ke por el lado de S. O. á N. E., pues desde el camino se distingue á simple vista la iglesia, que esbelta se destaca de entre los árboles que la rodean. Este año, cuando visité por segunda vez la cristiandad de Lam-ke, siguiendo esta dirección, el criado, que es el antiguo fámulo del Padre Colomer, me llamó la atención sobre el particular. Al lado del camino vive una familia de aquella cristian-

dad. Por casualidad nos encontramos con uno de los individuos de la familia, y el criado me lo advirtió. Díjele que advirtiera á su padre que el misionero iba á Lam-ke, y que le esperaba para hablarle. No me convenía detenerme, pues estaba algo cansado; íbamos andando desde las dos y media de la mañana; eran ya las siete, el sol picaba y nos quedaba más de una hora de camino, y la más trabajosa, pues teníamos que dominar y doblar un monte de una pendiente bastante rápida. Para animar al catequista, que sudaba la gota gorda, le decía que aquél era el monte Calvario, y que cada escalón que subíamos, teníamos más mérito que si ayunásemos, y que no era cosa del otro mundo, pues por Febrero lo había yo pasado una vez, cuando lo dejé enfermo en Chang-na.

La verdad era que yo estaba ya muy cansado.

Presentóse por la tarde dicho cristiano, anciano, que representaba sesenta años. Quería dirigirle algún reproche, pero no me atreví por juzgarlo inoportuno. En cambio, el buen anciano, que con sólo decirle el misionero que se presentase, había andado cerca de hora y media, no se olvidó de decir que el misionero ya no les quería, pero que ellos permanecían cristianos.

Mi objeto en esta segunda salida, después de Pascua, era ir personalmente á dicha cristiandad de Ten-ke, pero un negocio grave, que amenazaba destruir el pueblo y cristiandad de Toa-lim, me retuvo en este punto cerca de un mes, hasta que vino el mandarín, y con su presencia impuso respeto á un pueblo, que sin razón quería molestar á los cristianos. De aquí que, cuando llegué á la cristiandad de Lam-ke, estábamos ya á fines de Mayo, y hacía días que visiblemente se estaba preparando un temporal, como en efecto así sucedió, descargando el día siguiente de haber llegado á Cheng-na, en el valle de Pe-chui-ia, temporal que además de durar varios días lo dejó todo inundado.

Encargué, pues, al buen viejo que dijese á los cristianos, que por otoño mandaría allá un catequista, y que, si verdaderamente querían perseverar portándose como cristianos, yo iría.

FERNANDO POO

Población de la isla de Fernando Poo y origen de sus habitantes

No pueden aducirse datos concluyentes, escribe el Rdo. P. Joaquín Juanola, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, sobre la época de la población de Fernando Poo.

Dicen que fué descubierta en el año de 1483 por Fernando Poo, quien, desembarcando en la bahía de Concepción, y enamorado de la belleza de la isla, tanto por su majestuoso pico, como por sus feraces llanuras, quiso llamarla «Isla Formosa», el cual nombre fué más tarde trocado por el del mismo descubridor. De los archivos portugueses se infiere que en dicha época la isla estaba inhabitada, por no encontrar á la primera llegada indígena alguno. Mas pudo muy bien ser que los bubís se fugaran y escondieran entre las selvas y montes, huyendo, como aún hoy día lo hacen, por el temor excesivo que tienen á todo extranjero, en particular á

los blancos; y así, deducirse que la isla careciera de habitantes. Esto parece ser lo más verosímil, si se tiene en cuenta el testimonio de los portugueses que intentaron colonizar esta isla, estableciéndose en esta bahía de Santa Isabel, los cuales afirman haber visto algunos salvajes entre las espesuras de los bosques vecinos.

Alguna mayor certidumbre hay acerca del origen del indígena bubí que hoy puebla esta isla. Respondiendo primeramente en general, se puede asegurar que proviene de refugiados de varios países de las vecinas costas del Golfo de Guinea. Y luego, particularizando el asunto, la mayoría parece descender de los okús de Lago, los cuales les dieron el tatuaje en la cara, ó sea unas incisiones á cuchillo en todo el rostro, que los naturales llaman «Biau,» cuchilladas de «Eau,» cuchillo, que en plural es «Biau.» La única diferencia entre uno y otro tatuaje es que los bubís córtanse horizontalmente, y los okús diagonalmente. Reconócense además ser originarios de dicha tribu por tener iguales muchísimas palabras. Los indígenas de la costa de Camerones, en frente de la cual se halla nuestra bahía de Concepción, les han dado también parte del lenguaje; lo que prueba que pudieron provenir también de allí, y más cuando sólo unas treinta millas separan la isla de aquel continente. Igualmente el efick ó calabrar y aún el bony presentan caracteres bubís, ó éstos de aquéllos, de donde habrá resultado el extraño tipo de nuestro indígena bubí: todo lo cual demuestra lo arriba sentado, que el bubí pudo originarse de muchos refugiados de las vecinas costas del Golfo de Guinea.

Hay más: en la parte Sudeste de la isla y aún Sudoeste, como son los pueblos de Bepepe, Alió, Abebo, Ureka y Bokoko, se dan varios indígenas originarios de la isla de Príncipe.

Ciertamente en muchos se observa luego que no son de raza bubí, por más que se abran el «biau.» Unos son fugados de aquella isla, y otros lanzados serán por los tornados de las playas donde pescaran. Y todos vienen á arribar á algunos de dichos pueblos, lanzados por la corriente, la que siempre los tira á esta parte del Sur, cuando la larga distancia ó el hambre apagan el vigor y gastan las fuerzas de sus atrevidos brazos.

Dícese además que los portugueses trataron de poblar la isla, al creerla inhabitada, ó por lo menos reconociéndola falta de brazos, trayendo colonos de otras posesiones suyas.

Esto es cuanto se puede decir respecto de la fecha en que se pobló Fernando Poo, y origen del indígena bubí.

Cartas de Fernando Poo

Monte de María, 25 Abril de 1894.

Sra. D.^a Antonia Gramunt y demás bienhechoras: Respetable señora, recibimos su muy grata de V. dirigida al P. Mallén, así como los objetos con que se han servido honrar á esta Misión. Para satisfacer los cristianos y piadosos deseos que animan tanto á V. como á las demás señoras bienhechoras, que tanto interés desplegan en favor de estas trabajosas Misiones, he juz-

gado como un deber tomar la pluma para dirigirle las siguientes líneas:

El P. Mallén, efecto de su infatigable celo, estaba enfermo cuando recibió la carta, y su enfermedad se agravó tanto que tuvimos que administrarle el Santo Viático. A Dios gracias, después de una muy larga convalecencia se alivió bastante, pero tuvo que ir á Fernando Poo, según consejo del señor médico, para que se restableciera, y tuvimos el consuelo de saber que ha mejorado tanto cuanto es permitido mejorar en tan insalubres países.

En esta sola Misión, en menos de cuatro meses han muerto dos Padres Superiores (E. P. D.), el tercero fué viaticado, y además tuvo que embarcarse para España un Hermano, de quien nos temíamos una muerte pronta. Con todo, ha habido siempre alegría, siempre paz, siempre contento: los Apóstoles se tenían por dichosos en ser dignos de padecer por el nombre santísimo de Jesús, y semejante dicha nos ha cabido en suerte. Fiebres é insolaciones, cansancios y privaciones, peligros por mar y por tierra, no nos faltan hasta el presente; pero tampoco nos ha faltado en todas nuestras necesidades, la admirabilísima y paternal Providencia del Señor. Además tenemos á nuestra dulcísima Madre, bienaventurada Virgen María, á cuyo servicio nos hemos por su amor consagrado: ¿cuánto se complacerá en ver como los Hijos de su Inmaculado Corazón se fatigan, á fin de ganar almas para Jesucristo!

Al oír de los labios de estos niños de la Misión, que vivían antes en el bosque, en medio de las tinieblas y sombras de la muerte, que á la ignorancia de nuestra consoladora Religión se les unía estar en mil inquietudes y zozobras con la multitud de supersticiones con que el enemigo de las almas los llevaba al retortero; al oír, pues, de semejantes niños, que quieren á la Virgen Santísima, que la aman, que *María mucho buena para nosotros*, es gratísimo á nuestros oídos, es para el misionero altamente consolador; dulcifica nuestros sinsabores, hace que sean ligeros todos los trabajos, porque vemos en los mismos una señal de predestinación. No olvidan como quiera la devoción á nuestra dulcísima Madre María, y por esto después de haber estado en la Misión, continúan llevando pendientes de su cuello algún escapulario, rosario, ó á lo menos medalla de María, reconociendo el poder sin límites de Nuestra Señora, para librarles, al invocarla, de tanta multitud de peligros como les rodean. ¡Qué dicha para el misionero por cada negrito que se salve! y ¡qué dicha y felicidad para Vds., también, que tan directa y religiosamente han contribuido con sus limosnas á la salvación de los mismos!

Tengo el gusto de incluirle alguna cartita de los niños en las que, según su humilde entender, manifiestan su agradecimiento. Parecía verdaderamente unas Pascuas el día en que repartimos las prendas, por la animación y regocijo que entre los mismos reinaba: á todos se pudo contentar, á todos satisfacer.

Pidiendo oraciones á las piadosas señoras bienhechoras, para la conversión de los pobres negritos, se suscribe por S. A. y S. S. — *José Sutrias*, C. M. F.

Monte María, día 28 de Abril de 1894.

Muy estimadas señoras: El Padre me dió una camisa y decía que señoras muy buenas de España mandaban. Doy gracias á Vds., y rogaremos á la Virgen Santísima para Vds., como dice el Padre; hace como un año que estoy enfermo; el Padre pone á mí medicina, yo no he curado, yo podré curar cuando la Virgen Santísima quiera. Ahora me encuentro un poquito bueno, y el Padre me deja escribir; ayer no estaba tanto bueno, y el Padre en la Misión más contento porque puedo ir al cielo con la Virgen Santísima. Todos los niños de la Misión están contentos de las señoras que mandan cosas para nosotros.

Si estoy bueno otra vez el Padre quiere dejar escribir á mí una carta á España yo puede. S. S. S.—*Agustín Nkurna.*

Banapá, 5 de Mayo de 1894.

D.^a Antonia Gramunt y demás señoras bienhechoras de Vich.

Yo he estado en la casa de las Madres aprendiendo el oficio de sastres y en la escuela cuatro años; pero ahora yo ya estoy casada con hombre de aquellos que viven con el P. Eusebio, sacristán, en el pueblo llamado San José de Banapá. Ya está comenzada la casa; pero, señora, yo estoy muy pobrecita. Haga V. el favor de darme alguna limosna por amor de Dios y de María: como batas y botas, alguna plancha de vapor, ropa para mi marido y almidón; algún sombrero de paja y pendientes. Yo estoy enseñando á las niñas pamues, que están casadas en la Iglesia católica, de coser y Doctrina cristiana. En la finca mía ya está creciendo el cacao. Por ahora nada más.

Tu compañera que te quiere mucho y que
B. S. M.—*Ana Biy.*

AMÉRICA MERIDIONAL

Informe sobre las Misiones

El Ilmo. Cagliero, salesiano, obispo titular de Magida, escribe al reverendo é Ilmo. Sr. doctor

D. Federico Aneiros, arzobispo de Buenos Aires, con fecha de Febrero de 1894:

En conformidad con lo acostumbrado en los años pasados, me cabe la honra de presentar á V. E. R. el informe de los adelantos verificados en nuestras Misiones durante el año próximo pasado de 1893, indicando después brevemente los planes que nos proponemos realizar, mediante el concurso de la Divina Providencia.

Esperamos que V. S. R. se dignará tomar en consideración estos datos y nos conseguirá del Sup. Gob. los medios para sufragar, siquiera en parte, los ingentes gastos que la empresa requiere.

Actualmente nuestra Misión cuenta con ocho residencias de sacerdotes Salesianos y cinco de Hermanas de la Caridad, Hijas de María Auxiliadora. En Carmen de Patagones se ofician ya con toda la regularidad de los pueblos civilizados las funciones del culto, con numerosa concurrencia de la población; ni son menos concurridos los colegios y oratorios festivos para niños y niñas que respectivamente de los Padres y Hermanas reciben instrucción y educación.

En Viedma, capital del territorio del Río Negro, la

Escuela de Artes y Oficios, la Escuela Agrícola, los Colegios de los Padres y Hermanas, dieron aun mayores resultados. En ambos pueblos hubo aumento en la frecuencia de los Santos Sacramentos y en la asistencia á las funciones religiosas, y admirable empeño en regularizar los vínculos sociales y religiosos de la familia con el sacramento del matrimonio. Las Congregaciones de las Hijas de María para niñas y de San Luís Gonzaga para párvulos y niñas, y las Conferencias de San Vicente de señoras demuestran una vez más la proficua y principalísima importancia de las obras de piedad y caridad cristianas en el adelanto moral y civil de los pueblos.

El hospital, la botica y la asidua asistencia que los Padres y Hermanas dispensan á los enfermos, lograron salvar ya á muchos de ellos, indígenas, hijos del país y



AFRICA ORIENTAL.—El Kibo. (Pág. 374)

extranjeros; los cuales, con la salud del cuerpo, cobraron también la del alma, como quiera que muchos de ellos hicieron su primera comunión en edad avanzada y decrepita, y otros aliviados en sus padecimientos han bendecido una vez más aquella Religión que trajo del cielo á la tierra, aquella caridad que tanto sacrificio y abnegación inspira y tantos beneficios prodiga á la humanidad doliente.

En Guardia Pringles y en Roca continúan asimismo trabajando las Misiones con residencia de Padres y Hermanas, ejerciéndose las funciones del culto con toda regularidad en las respectivas capillas, colegios y oratorios festivos, cosechándose abundantes frutos de piedad y religión. El espíritu religioso y moral de estas poblaciones se va levantando, y la educación, especialmente de niños y niñas, hace rápidos y notables progresos, con no pocas ventajas de la moral y del bienestar social.

Para atender á las poblaciones que ocupan los puntos intermedios entre Guardia Pringles y General Roca, es decir: San Javier, Cubanea, Conesa, Colonia Frias, Choele-Choel y en los establecimientos pastoriles intermedios, varios sacerdotes misioneros recorrieron repetidas veces estos parajes, haciendo paradas más ó menos prolongadas en las referidas poblaciones, donde se han habilitado capillas provisionales mientras no se puedan construir mejores edificios para formar otras tantas residencias estables.

En Chosmalal se ha podido hacer mucho bien; pues mientras que un sacerdote atiende á las necesidades de la población reunida en aquella capital del territorio del Neuquén, otro va recorriendo continuamente las numerosas colonias que están diseminadas en las gargantas y quebradas de la cordillera sobre las orillas del río Agrio y sus afluentes, no menos que las que están esparcidas en las márgenes del Neuquén, río Barrancas y nacientes del Colorado, en cuyos puntos se hallan poblaciones de muchos miles de almas. Las confesiones y comuniones del año próximo pasado pasan de dos mil quinientas, y muchos son los matrimonios que se han legitimado.

En el Chubut la Misión, que desde hace poco menos de un año está á nuestro cargo, también ha hecho notables progresos. En Rawson, capital del territorio, sobre cumplir todas las funciones religiosas y ministerios propios de una parroquia, se ha fundado un oratorio festivo y escuela dominical para entretener á los



AFRICA ORIENTAL.— Cascada en el Kilima-Ndjaró. (Pág. 375)

niños con honestas diversiones, y darles al mismo tiempo lecciones de religión, moral y urbanidad. Asistieron se además en la casa de la Misión á algunos enfermos pobres que lo solicitaron, y se fundó un asilo para huérfanas, dirigido por las Hijas de María Auxiliadora, cuya institución promete en breve un éxito el más saludable para aquellas apartadas regiones. A mediados del año pasado uno de nuestros misioneros, acompañado por un solo catequista y con una pequeña tropilla de caballos, salió de Viedma para recorrer las numerosas tolderías de familias indígenas que se hallan esparcidas en aquellas inmensas é inexploradas pampas, que se extienden entre Río Negro y el Chubut.

Remontó el Río Negro por su margen derecha en un trecho de más de trescientas leguas, cortando después hacia el Sud hasta el Río Valcheta, que recorrió en todo su curso. Siguiendo viaje con rumbo Sudoeste,

con toda clase de privaciones, sacrificios y peligros, llegó después de tres meses de marcha al Chubut, recorriendo en todo más de trescientas leguas. En Rawson, capital de ese vastísimo territorio, se confortó con la visita y compañía de sus Hermanos de Misión y descansó de las fatigas de su atrevida exploración. En su tránsito logró catequizar á más de mil indígenas, de los cuales trescientos entre párvulos y adultos recibieron el Santo Bautismo y muchos los santos sacramentos de la Confesión y Comuni3n, legitimando además sus uniones matrimoniales.

El mismo misionero debe proseguir ahora su viaje de excursi3n, remontando el río Chubut hasta sus orígenes, para visitar las distintas tribus de tehuelches, araucanos y pampas manzaneros que están á las faldas de las cordilleras, y marquinchenes, al lado Sur del Lago Nahuel-Huapi: aquellos infelices esperan todavía con la Religión el grande beneficio de la civilizaci3n.

Allá en el circuito de unas diez leguas se encuentran como cuatro mil habitantes en tierras fértiles y de gran porvenir. Nuestro misionero, en sus informes y relaciones, nota la necesidad de formar reducciones de estos pobres indígenas para poderlos instruir y educar en la vida honrada del trabajo. Reduciéndolos, pues, en colonias agrícolas y pastoriles, dejarían la vida nómada, se aficionarían al trabajo, cobrarían amor al hogar y al suelo que les produce lo necesario para la vida; esto se vería verificado si se consiguiera del Gobierno la propiedad del terreno á que tienen derecho, y tuviesen todos los fueros y garantías que protegen los bienes de cualquier otro argentino. Así y tan sólo así se puede mejorar la existencia de estos pobres indígenas, en pro del país y de la civilizaci3n cristiana.

Las necesidades de la Misión reclaman poderosamente el aumento de personal en las residencias actuales y en la fundaci3n de otras. Al efecto, acabamos de traer de Europa un refuerzo de diez sacerdotes, de algunos catequistas y maestros de artes, y Hermanas de María Auxiliadora.

Trajimos además con nosotros no pocas ofrendas de nuestros cooperadores salesianos, muchos ornamentos sagrados de iglesia, imágenes, campanas, útiles de clase, instrumentos de labranza agrícola, medicinas para nuestros hospitales y ropas con que vestir á los pobres indígenas. Con esta providencia espero dar algunos auxilios á las antiguas residencias y fundar otras en Junín de los Andes, en Valcheta, en el Colorado, en las cordilleras; en donde abundan las familias de colonos y de indígenas, y en donde se hace indispensable levantar capillas, colegios y asilos para los huérfanos, y hospitales para los enfermos.

En la gobernaci3n de Santa Cruz y Gallegos, dos misioneros están actualmente recorriendo las márgenes de esos ríos y atienden á las necesidades espirituales de los argentinos allí establecidos, al paso que instruyen en la Religión á las muchas familias de indígenas esparcidas por aquellos parajes.

En las costas orientales y argentinas de la Tierra del Fuego se estableció una Residencia de misioneros, los cuales ya se pusieron al habla con los indios onas, y muy pronto irán también á establecerse allí las Her-

manas Hijas de María Auxiliadora, para hacerse cargo de la infancia desvalida, de las niñas, mujeres y enfermos de aquellos infelices fueguinos, quienes ignoran que son hechos á imagen de Dios, y que por tanto tienen ellos también derecho á formar parte de la familia humana, y á gozar como cualquiera otro cristiano de los beneficios de la vida civilizada. Asimismo dos de nuestros Padres y un catequista sirven la Misión inglesa de Stanley, en las islas Malvinas, y á pesar del contacto con los protestantes, siempre se consigue algo de los católicos de buena voluntad.

Todo este movimiento de Salesianos, Misiones, Hermanas de Caridad, catequistas, maestros de arte y agricultura, edificios, capillas y asilos de indígenas, de huérfanos y enfermos, como fácilmente se persuadirá V. S. I., exige cuantiosos gastos; la Congregaci3n á la cual tengo la honra de pertenecer, concurre todos los años con una fuerte suma, sin la cual sería imposible sostener aquellas Misiones: son además un poderoso auxilio los óbolos de piadosas personas extranjeras y del país que se interesan por el bien espiritual y material de aquellos pobres moradores del desierto.

El Superior Gobierno, ante el cual V. S. I. se dignará recomendar este informe como en los años anteriores, lo tomará en cuenta, y reconociendo que en ello protege los intereses de sus territorios nacionales, nos prestará su decidido apoyo moral y material para llevar á feliz cabo la obra de la Religión y civilizaci3n de la vastísima Patagonia, destinada por la Divina Providencia á ser de gran porvenir para bien de la humanidad y en pro de la República Argentina.

FILIPINAS

Los mayoyaos y la raza ifúgao

III

HACE ciento cincuenta años no existía ninguno de los pueblos que ahora hay desde Gamú á Carig. Diseminados los naturales en rancherías salvas á orillas de los ríos y de los arroyos, por la espesura de los bosques y laderas de los collados, fuéronse agrupando al rededor de la cruz, plantada por los misioneros en parajes á propósito para el desarrollo y necesidades de una poblaci3n definitiva y permanente. Tenían muy presentes aquellos varones apostólicos las condiciones exigidas por nuestras antiguas leyes de Indias (y á ellas ajustaban su conducta, como dictadas por la raz3n en orden al bien común y general, para la fundaci3n de los pueblos): "Tierras abundantes y de buena calidad, para sembrar y coger," "pastos para ganados," "terreno saludable," "entradas y salidas fáciles," "arboledas para leña y materiales de casas y edificios" y "muchas y buenas aguas para beber y regar." Si no concurrían todas «estas ó las más principales calidades," se reprobaba la fundaci3n. Sólo así lo que comenzó con una cruz en un desierto, llegó á ser, de allí á poco, centro de agricultura y de bienestar, escuela de emulaci3n y de costumbres cívicas: llegó á ser lo que vemos hoy. ¿Y veríamos esto si á aquellos salvajes se les hubiera dejado vivir en los sitios que ocupaban, por

un respeto irracional á una propiedad fantástica y á una libertad absurda? ¿Y hubieran sido ellos lo que fueron, y serían sus descendientes lo que son, si hubieran dominado entonces esas vanas ideas en que al parecer se inspiran actualmente los gobernantes? ¿Qué hubo violencias para conseguir reunirlos? lo supongo; pero violencias en todo caso muy conformes con la razón, la cual debe buscar siempre el supremo bien del hombre, no sólo en lo relativo á esta vida pasajera, sino también en orden á la eterna, y por consiguiente, aquellas violencias fueron caridad bien entendida, mansedumbre acrisolada, deber de estricta conciencia.

Absorto en estas y otras reflexiones, me avisan que era hora de marchar de allí para proseguir nuestro viaje. Si bien el sol andaba ya cerca del medio día, sin nubes que ocultaran sus rayos, reinaba una brisa del E., fresca y continua, que hacía placentera la estancia en aquellas alturas. Los mayoyas habían encendido fuego, no con leña, que por allí no existía, sino con cañas de carrizo, que ignoro donde las encontraron, y estaban, en unión de los cristianos, muy atentos, mirando la dirección del humo. Al acercarme y preguntarles por qué encendían fuego, me contestaron que para saber si había enemigos en los alrededores del camino que nos faltaba por recorrer; pues de haberlos, el humo los denunciaría, dirigiéndose hacia donde se encontraban. No les dejé concluir la explicación, porque de un puntapié salió el combustible rodando por aquellos suelos.

—Pero infelices, les dije, ¿no veis que el humo va siempre por donde el viento le lleva, y que si éste sopla de aquí, por necesidad ha de ir aquél hacia allá?

Pensar que semejante razón los había de convencer, sería simpleza suma; pues no se me oculta que en vanas observancias como ésta, y en otras no menos ridículas, creen aún hoy á puño cerrado muchos que se tienen por ilustrados y que rebosan civilización por todos sus poros; sin que los esplendores de la fe en diecinueve siglos de constante y variada enseñanza y de costumbres y prácticas cristianas, hayan podido desterrar de los entendimientos tantas y tan necias preocupaciones. Que el género humano, desde sus comienzos, fué siempre lo mismo—y lo será probablemente, hasta su fin,—tanto más inclinado á creer en extravagantes absurdos, cuanto menos crea en las verdades claras y racionales que Dios nos ha enseñado.

Empezamos, pues, el descenso de la montaña en demanda de un barranco, donde habíamos de descansar y reponer algo las fuerzas perdidas, llamado Anchaanan (Angadanan) en su confusa pronunciación. Allí, en la confluencia de dos arroyos, uno que baja de la parte del Alimit, y el otro del Namambafui, en el lecho mismo de las aguas, sobre las duras peñas, y á la sombra del ramaje, dimos descanso á nuestros cuerpos, que bien lo necesitaban. Quien más, quien menos, todos llegamos estropeados y rendidos; porque la bajada del Tig-tig, bastante larga, se nos hacía más trabajosa en aquellas horas de calor, sin alcanzarnos la brisa que á la subida nos había estado refrescando. Calado de sudor, comprendí pronto que la frescura de aquel sitio empezaba á entumecer todos mis miembros. Unas buenas friegas con alcohol de 40°, que para estos casos llevaba preve-

nido, nos aliviaron del cansancio sufrido; porque también los cristianos que me acompañaban, no acostumbrados á andar en semejantes trotes, se aplicaron mutuamente el mismo remedio. Sobre la dura piedra, como si fuera sobre colchón de plumas, me quedé en seguida profundamente dormido: así estuve cerca de dos horas; y hubiera estado algunas más, si no me despiertan á las tres para tomar alimento y proseguir la jornada.

Había que empezar aquella tarde por subir una empinada cuesta, que yo pensé sería la última; pero al tomar la cumbre y observar el terreno, vi con no poco desaliento que era preciso bajarla de frente, y emprender la ascensión de otra todavía más elevada. Creí no poder resistir tanto subir y bajar, pues si bien llevaba mi caballo para montarlo cuando me cansara, el noble animal, además de no haber comido en todo el día, tenía bastante con sostenerse, libre de carga, en los pasos difíciles, que eran muchos y más peligrosos, cuanto más adelantábamos. Eran las cuatro y media de la tarde: llevábamos ya aquel día ocho horas de marcha en las condiciones expresadas; y parecía que ni las sombras de la noche habían de poner término á nuestro cansancio. Paddig y Mataag, que salieron antes que nosotros de Anchaanan para llegar aquella noche al Mayoyao y avisar á sus conciudadanos, veíaseles trepando por otros repechos á considerable distancia. No quedaba otro remedio que armarse de valor y esforzar el ánimo. Allí no se debía perder tiempo; porque ni agua teníamos para apagar la sed que nos devoraba: la que en cañas se había sacado del arroyo para el camino, estaba ya agotada.

No es otra la imagen de la vida humana sobre la tierra. Esa su historia, esos sus horizontes, esos sus desalientos y temores, sus peligros y sus tropiezos; y allá en altísima, áspera montaña, la corona de la inmortalidad, como premio de los sudores y de la constancia en los trabajos.

Ya se había ocultado el sol cuando dimos vista á Mayoyao, que, por las trazas, distaba aún más de medio día de camino. Seguimos adelante por la accidentada sierra de Napó, hasta que se nos hizo de noche. No había luna, pero los últimos destellos del crepúsculo y la claridad que despedían las estrellas eran suficientes para ver donde poníamos los pies. Al empezar la bajada de aquella montaña—la última ¡gracias á Dios!—me dice el viejo Mamigad, que era preciso pernoctar allí hasta por la mañana.

—¿Hay por estas alturas agua para beber y leña para hacer la comida y calentarse?

—Sí, Padre, me respondió; pero está lejos.

—Pues ó traéis inmediatamente lo uno y lo otro en abundancia, ó vamos sin parar hasta las primeras casas.

Como no querían que yo me presentara de sopetón en el Mayoyao, sin previo aviso á todos los que mandaban en aquella tribu, según entre sí habían convenido, salieron los infieles á buscar lo que faltaba, mientras los cristianos entendían en levantar una mala choza para pasar la noche lo más cómodamente posible. El viento que soplabá era frío, y con la irritación y cansancio del camino resultaba mayor la impresión desagradable que producía.

Ignorando completamente donde nos encontrábamos, no podía darme cuenta de lo que pudiera haber á la izquierda ni á la derecha, ni de frente ni á la espalda. Reinaba un silencio absoluto, y las tinieblas cubrían todo el espacio: sólo de vez en cuando se oía el monótono ruido de las aguas de un río que debíamos de tener casi bajo nuestros pies, pero á grandes profundidades. Los infieles me pidieron que se dispararan las armas para saludar al Mayoyao, y se enteraron sus vecinos de que estábamos allí. Así se hizo, con gran contentamiento de ellos y no pequeña gritería en señal de aprobación. Al poco rato empezaron á aparecer y circular luces en todas direcciones, frente por frente de nuestra estancia, silenciosas, fantásticas, ya descendiendo, ya elevándose con rapidez, á cada minuto en mayor número; como si en virtud de misterioso conjuro brotaran de las entrañas de la tierra las almas de los que allí habían rendido sus despojos en garras de la muerte. Eran emi-

sarios que iban y venían de unas casas á otras dando las órdenes oportunas de lo que al día siguiente se debía hacer, y caudillos que se reunían para salirnos al encuentro antes que amaneciera. Esta sencilla y natural explicación que me daba Mamigad del sorprendente espectáculo que estaba viendo, me entusiasmó sobremanera, y puso en actividad todas las facultades de mi espíritu, recordando lo pasado y midiendo el porvenir con la misma claridad y evidencia que si lo tuviera presente. Pero ¡cuántas esperanzas defraudadas, cuántas ilusiones se habían de desvanecer al poco tiempo ante la realidad de lo imposible, racional y serenamente pensando! No se puede, no, hablar de lo que no se sabe bien, ni formar planes de lo que se ignora, porque con lo uno se extravía la opinión, haciendo concebir ideas diametralmente opuestas á la verdad, y con lo otro se sueña en quimeras, que cuestan después muchas lágrimas, muchos trabajos inútiles, y destejer mañana lo

que se tejó ayer. Y á estos mismos resultados conduce el decir las cosas á medias; sea porque sólo á medias se saben, ó porque no hay la entereza suficiente para exponerlas tal y conforme son, sin ambages ni rodeos, llamándolas con su verdadero nombre.

Al amanecer el día, mi sorpresa subió de punto en presencia de la naturaleza salvaje que nos rodeaba. Montañas hasta las nubes, barrancos sin salida, pendientes casi perpendiculares; las casas del Mayoyao con sus verdes arrozales allá en anfiteatro, separadas de nosotros por un abismo: un hormiguero humano que se dirigía á nuestro encuentro, saltando de *pilápil* en *pilápil* (1) y de escalón en escalón, por las quebraduras de aquel terreno desigual y por demás escabroso; los hombres de armas tomar, con sus lanzas relucientes, los niños y algunas mujeres con abigarradas banderas de todos colores. Si este movimiento, espontáneo de respeto, si estas pruebas de deferencia hacia un oscuro misionero llenaban de aspiraciones el alma y dealientos el corazón, justo es confesar también que las condiciones físicas y la geografía de aquel territorio causaban dolorosa impresión en el ánimo, dado el punto de vista social y por el aspecto cristiano en que yo las estudiaba.

(1) Llámense *pilápiles* los muros de contención para sostener la tierra en sitios accidentados, y estancar el agua en los llanos, donde siembran el arroz.



AFRICA ORIENTAL.— Un barranco en el Kilima-Ndjaru. (Pág. 375)



ASUNCIÓN GLORIOSA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA. (Pág. 381)

Pero vamos adelante, que aun quedan por ver cosas mayores, y por sentir impresiones más profundas, más tristes y desconsoladoras: todo será preciso exponerlo con claridad y franqueza, para que nadie se llame á engaño, y con la libertad y amplio criterio que reclama hoy asunto tan importante.

Abajo, por el fondo de la barranca, corre un arroyo abundante con pretensiones de río que viene de la parte del Bungian — es el mismo arroyo de Anchaanan, aumentado considerablemente, — y en el paso únesele el que desciende del Mayoyao, siguiendo después su curso hacia la parte inferior del Alimit, hasta desembocar en el Magat, pero ignoro si se une á otro que recorre toda la cuenca del Silipan y sus principales rancherías, y que desemboca también en el Magat, en frente de Diadí.

Tres horas largas tardamos en bajar aquella empinada cuesta y en subir hasta la casa de Mamigad, que es la primera que se encuentra en la primera ranchería llamada Pulá. Más de cien niños, con pañuelos y trapos por banderas; las mujeres gritando con estentóreas risotadas, y dos hombres tocando la *ganza* popular, nos precedían alegres, saltando como cabritillos, dando bien á entender que las cuevas y los *pilápiles* eran para ellos como si no existiesen, y que es preciso nacer y criarse donde y como ellos nacen y se crían, para correr y saltar por tales despeñaderos. Delante de mí iba Paddig, con bandera nacional, que días antes les había regalado, muy serio y muy ufano, y con sobrada razón: llevaba en sus manos robustas la insignia más gloriosa que jamás vieron los siglos. Seguían detrás todos los hombres armados, en número incontable. Cuando me paraba á descansar y veía todo aquel aparato, no sé cuántas reflexiones se me ocurrían, tristes, por supuesto, como son los pensamientos que se elaboran en las profundidades del alma al intentar descender el misterioso velo que encubre el génesis y el desenvolvimiento histórico de las aberraciones humanas.

Allí, debajo de aquella casa, sobre grueso tablón que me servía de mesa para comer y de lecho para descansar, estuve hasta la tarde. Dentro de la casa había dos niños plagados de viruela en su período álgido (1). A mi alrededor fueron colocadas cuatro tinajas de vino, hecho de arroz, para resguardarlas del sol mientras en ellas quedara gota de líquido. Ofreciéronme en un vaso á probar esta bebida, que tomé, aunque no nueva para mí, por consideración y curiosidad, y vi que no era mala ni nada desagradable. Me dijeron que estaba compuesta con azúcar, y que tenía ya once años. Bien pronto dieron cuenta del contenido de las cuatro, y otro tanto tardó la gente en desfilar, dejando el campo algo despejado, aunque no lo suficiente cual yo necesitaba. Con la batahola que armaban los cuarenta ó cincuenta que se quedaron, el cansancio del camino, y el haberse enfriado el cuerpo sin poder mudar de ropa, entre aquella apiñada muchedumbre, me atacó una jaqueca de esas que trastornan toda la economía animal, y de-

(1) A últimos del siglo pasado no se conocía aún esta enfermedad entre los ifúgaos, según indican los escritos de aquel tiempo; pero hoy de tal modo ha tomado allí carta de naturaleza, que se ha convertido en endémica.

jan al paciente en un estado de abatimiento supremo, poniéndole entre las ansias de la muerte.

Empezaron á traer puercos, y á sacrificarlos de seguida y á limpiarlos para comer, mientras otros se entretenían afanosos en limpiar arroz, otros en reunir combustible, otros, los más, sentados en cuclillas á la sombra de la casa — porque no necesitaban que el sol los calentase, — hablaban, discutían, gritaban en horrible confusión, y en formas para mí desesperantes. Si les ordenaba callar, obedecían y hablaban quedo; pero pronto los vapores del vino se imponían de nuevo; y hubo al fin que dejarlos, hasta que Dios se sirviera bajar la temperatura de aquellas cabezas, y reaccionar saludablemente la mía, que era la más necesitada. La dueña de la casa entre tanto, había preparado allá en un extremo del recinto cuatro grandes *cáuas* (1), en dos de las cuales fué echando como veinte litros de arroz, y en las restantes dos de los animales sacrificados, divididos en dos grandes pedazos. Nada sobró, sin embargo: todo se lo engulleron, como si aquellas grasientes porciones hubieran sido bizcochos de garapiña, y sin más ayuda que sal agua y para digerirlo.

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

XVII.—En la montaña: Motchi

Una vista de Kibo.—Por montes y valles.—El Sr. de Eltz y la estación alemana.—La Misión de la Iglesia anglicana.—En casa de Mandara.—La niebla.

La noche siguiente es fría, y á pesar del cobertor de lana que nos envuelve en nuestro lecho de campaña, todos hemos pasado mala noche. A las cuatro el Ilmo. Courmont celebra la Misa en su tienda. Cuando salgo de la mía, me sorprende un espectáculo sublime. Allá arriba, bajo la bóveda inmensa de un cielo absolutamente puro, brilla como cúpula de bruñida plata el soberbio Kibo. ¡Cuán hermoso aparece, libre de nubes, en su majestad sublime, en la augusta inmovilidad de su reposo! (*V. el grabado de la pág. 368*).

La blancura de la nieve que le cubre es deslumbradora, mas poco á poco, á medida que se hace de día, vese adelantar en él como un suave reflejo de oro que pasa insensiblemente del amarillo al anaranjado, y de éste al rojo, con visos á veces de verde y azul: es el sol, que desde el lejano horizonte envía al gigante, cuya nevada frente domina las cálidas tierras africanas, los primeros rayos de su gloria. Más tarde, al aparecer el astro, los vapores del bosque virgen suben formando nubes, y en poco tiempo cubren como un velo las altas mesetas y los soberbios picos.

A las diez partimos, pero con la promesa reiterada y exigida de que no tardaremos en volver. ¡Pobre querido Fumba, mi hermano! ¿hasta cuándo nos seremos fieles?

(1) Tacho, recipiente de hierro colado que se usa en los trapiques ó ingenios de azúcar para cocer el melado: muy común en los pueblos filipinos para aderezar la comida en las reuniones numerosas de las familias, como bodas, fiestas, etc.

Vamos á Motchi, reducido Estado central al Oeste de Kilema, donde reina el famoso Mandara. El Sr. de Eltz, que dirige la estación alemana, nos ha invitado hace tiempo y con insistencia que «bajemos» hasta allí, si vale servirse de este término cuando se trata de subir á un punto que se halla á mil doscientos metros de elevación.

Motchi (y no Moshi, como dicen los mapas) está separado de Kilema por el Estado de Kirua, y por muchos ríos profundamente encajonados, cascadas, quebradas enormes y escarpas formidables: para nosotros y nuestros hombres es un ejercicio muy rudo, que felizmente no dura más que cuatro horas. (*V. el grabado de la pág. 372*).

En el angosto sendero, perfectamente trazado en los flancos de las colinas por los ingenieros del país, encontramos á los guerreros de Kilema que vuelven de Matchame.

El negocio les ha salido al parecer á pedir de boca: llegan cerca de mil hombres, divididos en grupos de diez á veinte, sin ceremonia alguna: unos llevan todavía sus armas y sus arreos de guerra, mientras otros han vuelto á tomar su traje civil, que consiste en ir casi desnudos. Muchos conducen bueyes y becerros, su parte de botín; mientras á otros les han tocado mujeres y niños que, no teniendo agilidad suficiente para huir, fueron alcanzados y han quedado esclavos.

Henos, por fin, en la estación alemana: una casa de tablas con algunas chozas elegantemente situadas en un bosquecillo de grandes árboles desde el que se contempla un soberbio panorama.

Mas el Sr. de Eltz no está aquí. Por un soldado sudanés y cristiano que, con algunos negros de la costa, está encargado de custodiar la casa, sabemos que reside en Bas-Aruska, á dos jornadas de Motchi, en la llanura del frente, con un oficial europeo, el Sr. Kayser, y un pelotón de soldados y de trabajadores.

El día siguiente un correo va á darle la noticia de nuestra llegada, y el 22 viene á saludarnos.

El Sr. de Eltz no es para nosotros un desconocido. Nacido en Polonia de noble familia, pasó gran parte de su juventud en Rusia, en el Ural (Siberia). Más tarde vino á Africa, y más de una vez hemos podido apreciar en Bagamoyo su caballería y franqueza. Con frecuencia alentó al Ilmo. Courmont á que fundase una Misión en el Kilima-Ndjaró: las circunstancias obligaron á diferir la empresa, y hoy que parece va á tener feliz éxito, el Sr. de Eltz está sumamente satisfecho.

Nuestra primera diligencia al llegar á Motchi ha sido saludar á Mandara, sultán del lugar y jefe principal de todo el Tchaga. No pudiendo ir á verle personalmente á causa de la densa niebla, enviámosle un mensajero que nos excusa, y á su visita corresponde en breve la de un ministro de S. M., que no brilla por su limpieza, y con quien tenemos en suahili una conversación interesante.

El día siguiente hace buen tiempo; mas hallándose cansado S. I., el P. Gommenginger y yo bajamos en su

nombre para hacer la visita reglamentaria. Por el camino encontramos la Misión inglesa establecida aquí desde 1885 por el *Bishop Hannington* y dependiente de la *Church Missionary Society*, que tiene la capital en Mombaza. En ella vimos el Dr. Baxter, médico mayor, á quien conocía de larga fecha. El Rdo. Steggal, director espiritual de la Misión, no está allí, pues informado á toda prisa por la Agencia de Mombaza de que un «grupo de romanistas» se dirigía hacia el interior, fué en seguida á firmar tratos en Toveta, y sin aguardar más ha construido á orillas del río una cabaña á fin de poder mostrar á esos terribles «Romis Priest» que el lugar está ya tomado por la Iglesia anglicana. En efecto, preciso es confesar que si quisiésemos instalarnos en este oasis, algo había de asustarnos el espantajo que en él ha puesto el buen hombre. Debemos decir de paso, sin embargo, que hay en Zanguebar dos Sociedades principales de Misiones anglicanas, cuyo espíritu es tan diferente como su doctrina. Mientras que la Misión de las Universidades, en Zanzíbar, hace los más sinceros esfuerzos para acercarse cada vez más á la gran familia católica, cuya fe comparte casi por completo, más de un miembro de la otra, en Mombaza, párecenos pertenece á la época en que se creía firmemente, como un dogma, que los católicos romanos adoran de todo corazón los ídolos, que los sacerdotes están poseídos por el diablo, y que el Papa tiene hendididos los pies, prueba de que es el Anticristo. Es de regla que todos los números de su principal Revista, el *Church Missionary Intelligencer*, contenga alguna trasnochada retincencia contra Roma, rebatida hace dos ó tres siglos, pero que siempre aprovechan. No podrá decirse, sin embargo, que esas gentes no sean partidarias del progreso: los últimos cánones de la Iglesia anglicana contra las supersticiones católicas en el Uganda han sido, como harto se sabe, las excelentes ametralladoras Maxim...

A parte esto, me apresuro á añadir que el Dr. Baxter, que yo sepa, nunca ha comentado el Apocalipsis contra nosotros, y que siempre nos ha tratado con la mayor cordialidad.

En su estado actual, la Misión de «nuestros hermanos separados» se compone de dos cabañas de tapia, en forma rectangular y de arquitectura modesta, en las que el Rdo. Steggal explica textos á algunos niños, y el Dr. Baxter cura solícitamente á los enfermos que se le presentan.

Llegamos por fin á casa del famoso jefe que, con Mirambo de Nyamuezi, Miseri del Katanga, Makoto y Mtesa, ha tenido la gloria de llamar la atención de los viajeros europeos, que imprimieron sus nombres africanos en sus libros. Fuimos introducidos apenas nos anunciamos.

La casa es de forma rectangular y dividida en tres piezas, construida al estilo suahili por obreros de la costa.

Mandara (*V. el grabado de la pág. 365*) ocupa la parte central; está casi siempre sentado en un lecho; viste túnica de tela blanca, y cúbrese la cabeza con un gorro de algodón. Esto y un cobertor de lana blanca en los pies, un simple collar de perlas azules al cuello, y

un brazalete de cobre en la muñeca derecha, constituye toda su vestidura y adorno. El Sultán, alto y bien formado, representa unos cincuenta años, y su mirada es viva: la nariz es ligeramente aguileña, aunque ancha en su base, y el rostro, imberbe, presenta notable regularidad. Todos los europeos que han visitado á Mandara dicen que sus cualidades sobresalientes son rara inteligencia y maldad sobre toda ponderación. Nosotros, que le hemos visto repetidas veces, solos y en compañía del Ilmo. Courmont, unánimemente declaramos que nos llama la atención su trato afable, atento y distinguido, y su conversación amena é interesante. Es harto joven para que pudiese haber conocido á Rebmann, el primer europeo que recorrió el Kilima-Ndjaró; pero recuerda perfectamente al barón Von der-Decken en 1862, al inglés New en 1873, á Thomson en 1883, á Johnston en 1883, y más tarde á los viajeros alemanes. Dícenos que había oído hablar de franceses, pero nunca los había visto, y tenemos el gusto de rectificar algunas de las noticias históricas que le habían dado sobre esta interesante tribu. Recíprocamente sobre el Tchaga, sus habitantes, usos, creencias y gobierno, Mandara nos da completísimos detalles. Habla correctamente el suahili como el masaia, y sin advertirlo hemos pasado dos horas en amigable conversación.

Por lo demás, Mandara está en relaciones con el Emperador de Alemania, y habla con gusto de este pariente lejano. Hace algún tiempo dejó partir para Europa, en compañía de un viajero alemán, á tres jóvenes pastores que los periódicos se apresuraron á honrar con el título de príncipes, embajadores y ministros plenipotenciarios para poner á los pies de S. M. Guillermo II el Africa en general y el Kilima-Ndjaró en particular. Hoy hemos visto á estos muchachos, quienes nos han dicho que lo que más les llamó la atención en Berlín (pues sólo vieron la Alemania), fué ¡la enorme cantidad de vacas en un día de feria! Han vuelto completamente desilusionados, pues siempre habían creído que los europeos eran ricos y sabios, una especie de semidioses.

—¡Figuraos, dicen, que se ve allí á blancos, verdaderos blancos, barrer las calles de la ciudad, transportar agua, esquilas perros y recoger basuras! Los hay ricos, por ejemplo el dueño de todas aquellas vacas, pero éstos nunca salen. Habitan en grandes casas de piedra, en aposentos que lucen como espejos, y sentados todo el día en sillas cubiertas con telas, teniendo al lado una cajita llena de serrín para escupir. Cierto que éstos son felices: su única ocupación es tener siempre las manos en la faltriquera: mas los que vienen aquí, son enviados por los otros, y deben ser muy miserables.

A Mandara le hace mucha gracia el relato de sus embajadores; y al terminar esta primera audiencia nos muestra los regalos recibidos del Emperador: una sortija, cobertores de lana y de seda, dos corazas, cañones, fusiles, relojes, trompetas, dos máquinas para coser, etc.: nos pide nuestro parecer, y decimosle que evidentemente todo es muy bueno.

Así transcurren en Motchi algunos días felices, empleados en visitas, estudios y excursiones. Hay momentos deliciosos por la tarde, cuando el sol va á ocultarse

detrás de la inmensa pirámide de Meru, y los rebaños vuelven lentamente á sus rediles. No obstante, también hay mañanas muy tristes, en que el termómetro desciende á 8° centígrados y aún más. A veces nos rodea la niebla, y su fría humedad transfórmase en lluvia fina y penetrante que nos hiela, como en esos días de otoño de nuestra Europa en que todo es lodo, neblina, frío y melancolía. Nuestros bagajeros, albergados en las cabañas de la estación, se reúnen en torno de hogueras que parecen insuficientes.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XXXI

El campamento de Israel en la llanura de er-Raha

MOISÉS había recibido de las manos de Dios las primeras tablas en la cumbre del djebel-Muca, y el Señor le había dicho: Anda, baja; pecado ha tu pueblo. Se han formado un becerro de fundición, y lo adoran. Entonces Moisés bajó del monte, trayendo en sus manos las dos tablas de la Ley. Su ministro Josué, que subió con él á la montaña, le acompañaba. «Mas oyendo Josué el tumulto del pueblo que voceaba, dijo á Moisés: Alaridos de guerra se oyen en los campamentos. Respondió él: No es gritería de gentes que se exhorten al combate, ni vocerío de los que fuerzan á otros á la fuga: lo que oigo yo es algazara de gentes que cantan. Y habiéndose acercado ya al campamento, vió el becerro y las danzas: é irritado sobremanera, arrojó de la mano las tablas, y las hizo pedazos á la falda del monte; y arrebatando el becerro que habían hecho, lo arrojó al fuego; y redujolo después á polvos, los cuales esparció sobre las aguas, y se los dió á beber á los hijos de Israel (1).»

En nuestro camino seguimos paso á paso todos los incidentes de este relato. Cantos rodados y vestigios de aguas corrientes en el fondo del uadi, nos dan á entender que pudo muy bien correr por allí un riachuelo en los tiempos bíblicos. Por lo demás, junto á la abertura del valle, aguas muy abundantes, reunidas en un receptáculo por los antiguos solitarios, de quienes se ven todavía los huertecillos abandonados y las arruinadas ermitas, la antigua tradición las designa como las aguas en que Moisés esparció el polvo del becerro de oro. Quemó primero el ídolo, hecho probablemente de madera cubierta con láminas de oro, y en seguida hizo moler el oro calcinado por el fuego.

Al salir de la hoz ya no se ve la llanura, oculta detrás de montecillos de restos procedentes de la montaña. Desde allí, mucho antes de ver á la multitud reunida en torno del ídolo, Josué pudo oír confusamente el tumulto y los gritos del pueblo repercutidos por las rocas, como algunos viajeros han comprobado por experiencia.

Por fin el sendero da la vuelta á la base del Ras-Saf-

(1) Exod. xxxii, 17-20.



PERÚ (América Meridional).—Chimbote. En la rada. (Pág. 380)

safeh, y llegamos á una meseta ligeramente levantada que forman zócalo á los gigantescos peñascos. Tenemos á la vista toda la llanura, anchurosa á nuestro rededor, y estrechándose y perdiéndose de vista á lo lejos entre inmensas murallas de granito. La dominamos como desde el escenario de un teatro se domina la platea; pero aquí el teatro está hecho por manos de Dios para dos millones de espectadores. Sin duda estamos muy cerca del lugar donde Moisés rompió las tablas.

El ídolo se levantaba en medio de la meseta, y los coros de baile se movían cómodamente en torno, á vista del pueblo, con toda la pompa de un culto idolátrico imitado de las fiestas egipcias, é Israel embriagado en sus cánticos olvidábase de Dios.

Es indispensable ver las rocas peladas y lisas de Ras-Safsafah, levantándose á pico desde la meseta ondulada que les sirve de base, hasta una altura de quinientos metros sobre la llanura, para comprender la orden dada por el Señor antes de la promulgación de los mandamientos.

«Tú has de señalar límites al pueblo, dijo á Moisés, en el circuito, y les dirás: Guardaos de subir al monte, no os acerquéis al rededor de él. Todo el que se llegare al monte, morirá sin remisión... Ya fuere bestia, ya hombre, perderá la vida (1).»

Pudiera designarse con seguridad el lugar de la barrera que separaba al pueblo de la roca sagrada.

Por orden del Señor los hijos de Israel, arrepentidos de su idolatría, depositaron sus adornos al pie de la montaña. «Entonces Moisés, recogiendo el Tabernácu-

lo (esto es, el pabellón en que solía Dios hablar á Moisés, y á donde acudía el pueblo, principalmente para tratar de lo perteneciente á Dios; pues el que el Señor mandó hacer á Moisés no se había aun formado), lo puso ó extendió lejos, fuera del campamento... Y cuando Moisés salía para ir al Tabernáculo, se levantaban todas las gentes, y quedaba cada cual en pie á la puerta de su pabellón, siguiendo con sus ojos tras de Moisés, hasta que entraba en el Tabernáculo: y cuando había ya entrado en él, descendía la columna de nube, y quedaba fija en la puerta, y hablaba Dios con Moisés (1).»

El guía nos muestra el lugar de este primer Tabernáculo en una montaña que se denomina aún la montaña del Coloquio: djebel-Munadjat. Dista algunos minutos del monasterio, en la vertiente oriental del uadi ed-Deir, en el eje exacto de la llanura, á la vista de todo el campo: cada cual podía ver el Tabernáculo desde su tienda.

Tanto en la llanura de er-Raha como en la montaña del Sinaí, el viajero ve el lugar de las principales escenas que acompañaron la promulgación de la Ley. Todos estos lugares designados por la antigua tradición concuerdan perfectamente con el relato de Moisés.

La llanura de er-Rah tiene dos kilómetros y medio de longitud, y uno de anchura por término medio. Su superficie llana es de doscientos cincuenta y cinco hectáreas, que con los bordes inclinados fácilmente accesibles, forman un total de trescientas ochenta hectáreas.

(1) Exod. xix, 12, 13.

(1) Exod. xxxiii, 7, 9.

Todos los viajeros que se han dirigido al Sinaí por el Nakb-el-Haua hablan con entusiasmo de su asombro cuando, al desembocar de la cuenca, se les presentó á la vista esta magnífica llanura y en el fondo el Sinaí. Santa Silvia refiere que al verla se puso en oración, y hácese lenguas de su extensión y belleza.

Dos veces nos hemos dirigido al extremo de la llanura para contemplar el teatro de la más imponente manifestación de Dios al pueblo de Israel.

La inmensa avenida de rocas inaccesibles, gigantescas, y en el fondo los tres picos majestuosos desde donde fué proclamada la divina Ley al mundo, al dibujarse rojizas en un cielo lleno de luz, ostentan algo de divino que eleva y anonada á la vez.

Estos paisajes sinaíticos tienen no sé qué de extraño, que no puede uno explicarse fácilmente. En ese aire sin polvo, sin vapores y de una transparencia perfecta, los detalles aparecen de lejos como si estuviesen cerca; nada hace palidecer los matices del lejano horizonte, nada evapora los contornos. Diríase que es un paisaje sin atmósfera, como pueden serlo los paisajes lunares. Así es que las vistas fotográficas del Sinaí apenas tienen más fondo que las pinturas chinecas; parecen tomadas en el vacío, de lo que se lamentan los fotógrafos. Inútilmente el espectador se esfuerza por apreciar las distancias, y distinguir los planos de fondo del cuadro. No hay un árbol, ni un río, ni un edificio, ni un ser viviente cuya aparente pequeñez acuse la distancia: nada más que rocas, todas de igual color, cuya magnitud real es enteramente desconocida, y que la vista pone á la distancia que quiere.

El djebel-Muça no se ve desde ningún punto del campamento: así es que los hijos de Israel, no teniendo noticia alguna de su ilustre jefe durante su prolongada permanencia en aquella cumbre sagrada, decían á Aarón: «No sabemos qué se ha hecho de Moisés (1).»

Al volver al monasterio desde el extremo de la llanura, se andan algunos centenares de pasos por un suelo inclinado al Norte, que vierte sus aguas pluviales en el Nakb-el-Haua, pero la mayor parte del valle las derrama al Sur en el uadi ech-Cheik. El suelo está en parte cubierto por una débil vegetación de montaña, hallándose tierras negras conteniendo antiomonió.

En la parte más baja de la llanura, en la entrada del uadi ed-Deir, levántase á unos veinte metros un montecillo formado de aluviones, en el cual los beduinos han puesto un *nebi* al que dan el nombre de Harun, esto es, Aarón. No es allí, sin embargo, donde Aarón erigió el becerro de oro, pues no hubiera estado á la vista de la mayor parte del campamento.

XXXII

La Peña de Moisés en el uadi Ledja

Tenemos que visitar aún los principales uadis de los alrededores del Sinaí. Los hijos de Israel, durante su permanencia de más de un año en el campamento de er-Raha (2), frecuentarían estos valles, á donde les

atraían el agua, la leña, la sombra y los pastos. Los santos anacoretas de los primeros siglos del Cristianismo los ilustraron con el esplendor de sus virtudes, y muchos los regaron con su sangre.

Desde el monasterio al uadi Ledja el sendero pasa por el frente septentrional de la santa montaña, dividida en dos partes desiguales por el pequeño uadi ech-Chreich, y volviéndose hacia el Mediodía, entra desde luego en el valle. A izquierda hay el Sinaí, y á derecha el monte Rabbeh, viéndose en la falda de ellos algunas ruínas y tres ó cuatro jardincitos de antiguos solitarios. La ruína situada al pie del monte Rabbeh, más importante que las otras, llamada «el monasterio de los apóstoles Pedro y Pablo», marca probablemente el lugar del antiguo monasterio de Bethrambé ó Bethrabé, esto es, la casa de Rabbé, monasterio repetidas veces citado en las crónicas de los antiguos solitarios del Sinaí, é ilustrado por numerosos Mártires. En el monasterio había aún monjes en 1558-61.

Cerca de los huertos corre un riachuelo, y hay la hermosa fuente del Ermitaño.

He aquí por fin la famosa Peña de Moisés, Hadjar-Muça, que los monjes veneran como si fuese la milagrosa de Rafidim. El H. Euthymios nos la muestra con entusiasmo al extremo del camino.

La Peña es bella y singular: un macizo de granito rojo, enteramente aislado, de tres metros sesenta centímetros de altura, y midiendo cerca de cien metros cúbicos. La cara occidental, dirigida hacia el sendero, está dividida de arriba abajo en partes iguales por una vena de pórfido gris y verde, de cuarenta centímetros de anchura. Doce surcos naturales atraviesan la vena en diferentes alturas, y de ellas dicen que manaron doce fuentes, una para cada tribu de Israel, cuando Moisés hirió la piedra con la vara.

Sólo algunos viajeros modernos se han permitido grabar su nombre en esta Peña. Los peregrinos de otros tiempos la respetaron.

Con todo, preciso es confesar que la tal piedra no es la milagrosa de Rafidim. La Peña de que Moisés hizo manar las aguas quedó ignorada para las generaciones futuras.

La tradición referente á la piedra del uadi el-Ledja no se remonta al parecer más allá de la Edad Media. Santa Silvia no la menciona, y eso que tuvo que pasar junto á la misma al dirigirse á la cumbre del Sinaí por el camino de dicho uadi.

Mucho han discutido los sabios, sin resultado satisfactorio, cómo dos millones de hombres y sus rebaños, reunidos en un lugar tan seco, encontraron durante cuarenta años los cuatro mil metros cúbicos de agua que les eran indispensables.

Para nosotros, no hay más que una explicación suficiente: Dios, que ha impuesto leyes á los fenómenos de la naturaleza, y tiene en su mano las mil circunstancias de que dependen, dispuso los agentes naturales de la lluvia y del rocío para dar á su pueblo, sin milagro evidente, el agua que le era necesaria durante los cuarenta años de su peregrinación.

(1) Exod. xxxii, 1.

(2) Núm. i, 1.

MI DIARIO DE Á BORDO

DESDE SAN NAZARIO AL CALLAO (PERÚ)

por el Rdo. P. Brunetti, de la Congregación del E. S. y S. C. de M.

II.—A lo largo de las costas septentrionales de América del Sur
(continuación)

ETEN ha sido nuestra última escala antes de Pacasmayo. En este puertecito hay una población muy activa é industriosa, que ha conservado su lengua, y no admite mezcla ni contacto alguno con otras razas.

El 16 de Enero llegamos frente de Pacasmayo, no lejos de la línea férrea que pone este puerto en comunicación con Cajamarca, como Pimentel y Eten están asimismo unidos por un ferrocarril con Chiclayo, capital de la provincia de Lambayeque. Ocultan á la ciudad unas altas peñas cortadas por la zanja del ferrocarril. De lejos vemos un vagón movido, no por una locomotora, sino por el viento que hinchla la vela colocada encima, como en una chalupa: su velocidad es considerable. Pláceme la novedad, pues como soy algo retrógrado no hallo mejores motores que los que hizo el Altísimo.

Aquí, como en Payta y Pimentel, los principales artículos de carga y descarga consisten en granos, algodón y azúcar. También nos traen bueyes que vienen á nado, sujetos á babor y estribor de una embarcación. Al llegar al *steamer* los atan sólidamente por los cuernos, y pasándoles una ancha faja por debajo del vientre, los levantan y depositan en el entrepuente. Cada día se sacrifica uno de estos animales para la subsistencia de los numerosos pasajeros.

Olvidé mencionar las islas Lobos á la altura de Pimentel y Etna; una de ellas estaba cubierta de aves de mar (pelícanos): una verdadera nube de estos pesados volátiles, de largo y ancho pico, obscurecía el aire y nos velaba la isla. No me asombra que haya en estas peñas ricos depósitos de guanos. Si á los pelícanos se añaden los goelandos y los cuervos marinos, numerosos también, se tendrá idea de la enorme cantidad de materias azoadas que se habrán depositado en dichas islas en la sucesión de los siglos.

El punto en que nos hallamos es también la región de las focas. Abundan de tal suerte, que á cada momento al rededor del buque, en cincuenta sitios á la vez, surge sobre las aguas una cabeza de lobo marino: cuando no estamos muy lejos de la orilla, los vemos en gran número tomar el sol en las rocas, y echarse al agua así que nos acercamos algo á la ribera.

17 de Enero.—Hoy hemos podido celebrar la Santa Misa á bordo. Por desdicha, la asistencia era escasa: *pusillus grex*. Aquel que lo es todo, lo consideran como nadie la mayor parte de los hombres, y lo que nada es, lo miran como todo: *vana vanis*.

Nos hallamos frente de Huanchaco. Dentro pocas horas partiremos para Salaberry, á donde llegaremos por la tarde.

La espesa niebla que nos rodea nos impide absolutamente ver la costa. Cada cinco minutos el silbato de la máquina indica á las demás embarcaciones la dirección del *steamer*. El puente está mojado como si hubiese caído un chaparrón, y la humedad penetra hasta los camarotes. En la costa, absolutamente árida, transcurren años sin que llueva una sola gota: la niebla reemplaza con exceso las aguas pluviales.

18 de Enero.—Al levantarme, á las cinco y media, veo que una embarcación montada por cuatro hombres y un oficial, provistos de una brújula, se alejan para descubrir tierra, que parece haberse hundido en el Pacífico. El silbato no deja de dar señales á cada momento. La niebla nos envuelve por completo, presentando el fenómeno extraordinario de ser translúcida y casi luminosa. Esta niebla no nos ha dejado desde nuestra partida de Salaberry.

Pocas horas permanecemos en las aguas de esta ciudad, estación final del ferrocarril de Trujillo, capital de la provincia.

A las once de la mañana, envueltos todavía en la mortaja diáfana, regresan las embarcaciones exploradoras sin que hayan descubierto nada. ¿Vamos á permanecer aquí diez días como en Payta, y nos impondrá la niebla una nueva cuarentena? Decididamente el *Pizarro* no está de suerte, y no extrañaría que antes de llegar al Callao naufragásemos, como digno coronamiento de las distracciones que nos ha proporcionado durante el viaje.

Un naufragio al pie de uno de los contrafuertes de la cordillera de los Andes, cerca de cocodrilos y caimanes que se tragan sin escrúpulo á un ser racional, ó en una de las islas Lobos, disputando á las focas y á las aves marinas el imperio de la desconocida isla, ¡cuán interesante sería semejante incidente en los tiempos que corremos, en que este artículo es cada vez más raro!

Nunca he corrido tales peligros. En mis diversos viajes entre los negros *boschs* y *bonis* del Maroni, dos tribus que conservan sus usos y costumbres de Africa, en vez de antropófagos de dientes puntiagudos y limados, sentados al rededor de una marmita en la que cuecen á uno de sus semejantes, sólo he hallado negros pacíficos, nutriéndose casi exclusivamente de arroz, yuca y pescado, y saboreando con delicia una mazorca de maíz tostado. Creo que en el país de los incas y de los pieles rojas no hallaremos sino sencillos y apáticos indios, mascando la coca (1) y bebiendo con delicia la *chicha*, cerveza de maíz.

19 de Enero.—Felizmente nuestras previsiones de ayer no se han verificado: á medio día el velo que nos

(1) La coca (*Erythroxylum peruvianum*) es un arbusto que crece hasta la altura de un hombre. Con sus hojas, de propiedades narcóticas, secadas al sol, molidas y mezcladas con jugo de limón componen una preparación que se masca, muy parecida á la hoja de betel que los orientales preparan de la misma manera. Con una escasa provisión de esta coca en el bolsillo, y un puñado de maíz tostado, todavía el indio del Perú hace sus penosos viajes sin fatiga ó por lo menos sin quejarse. Aun el alimento más nutritivo le es menos grato que su narcótico favorito.

envolvía se ha rasgado, disipándose la niebla bajo la acción de los ardientes rayos del sol.

Hallámonos á la entrada de una hermosa rada, teniendo á estribor y á babor altas rocas áridas cubiertas de innumerables aves marinas, lo que nos recuerda que estamos en el país del guano. Al frente vemos á Chimbota, nuestra sexta escala después de Payta: todavía nos faltan cinco antes de llegar al Callao.

La ciudad es pequeña, pero espléndido su paisaje. Una vasta rada circuida de montañas formando collados, picos, puntas, sierras y quebradas profundas, especialmente en la base, y del todo áridas, que se extienden hasta el confín del horizonte, y blancas algunas veces como si estuviesen cubiertas de nieve, tal es el espectáculo incomparable que tenemos á la vista desde nuestra partida de Payta.

Nada en Europa puede dar idea de estas costas del Océano. A trechos se ven angostos valles por los que corre un río profundo, cerca de los cuales hay los centros de población, denominados comúnmente puertas del Perú, y que no son en realidad sino puntos por los cuales las ciudades del interior se comunican con el mar.

Contemplando estas costas del Perú que las tranquilas aguas del Pacífico bañan con un verde esmeralda, á veces azulado, y cuyo aspecto varía á cada momento, recordé los primitivos habitantes de estas comarcas y los conquistadores del Perú.

El Sr. Cloarec, representante de una casa de comercio de Burdeos, ha dibujado en mi album una vista de Tarma y de Huanchaco (*V. el grabado de esta página*),

puertos en los cuales hemos hecho escala, y también Supe, de la provincia limeña, nuestra penúltima escala.

Mañana, 21 de Enero, fiesta de la admirable Santa Inés, llegaremos al Callao. Las escalas se suceden tan á menudo que no tengo tiempo para tomar apuntes. Es una continua entrada y salida de pasajeros, carga y descarga de paquetes. ¡Cuánto deseo que todo esto concluya! Suspiro por una celdita amueblada con una mesa, una silla y una cama, donde reine el silencio, en compañía de mi Crucifijo y mis libros.

No podemos quejarnos, empero, pues la travesía, aunque larga, no ha sido mala, hemos debido tomar estas palabras del Oficio de la encantadora Santa Inés, bajo cuyo patrocinio me complazco en poner nuestra nueva Misión del Perú: *Stans beata Agnes in medio flammæ, expansis manibus orabat ad Dominum: Omnipotens, adorande, colende, benedico te, et glorifico nomen tuum quia custodisti nos*, y de añadir de todo corazón mañana al pisar por vez primera el suelo del Perú: *Ecce venio ad te, quem amavi, quem semper optavi*.

LUGAR DEL TRÁNSITO DE NUESTRA SEÑORA

A las Mediodía de la casa de Caifás, en Jerusalén, y distante de ella veinticinco metros, señala la tradición el lugar de la Casa donde la Santísima Virgen vivió en compañía del Discípulo amado después de la muerte de Jesús. En ella murió también, según



PERÚ (América Meridional) — Huanchaco

la común creencia, después de su regreso de Efeso. Aun hay allí algunas piedras que la tradición dice haber pertenecido á la bendita morada, convertida, ya en los primeros tiempos del Cristianismo, en iglesia, tenida siempre en especial veneración, como lo está hoy aquel suelo bendito. Respecto á la muerte de la Santísima Virgen no está enteramente evidenciado que sucediera en Jerusalén, aunque es la opinión más probable, casi segura. No faltan, sin embargo, quienes crean que el tránsito dichosísimo acaeció en la ciudad de Efeso. Por lo demás, nadie ha pretendido nunca que la Iglesia de Efeso ni ninguna otra poseyese las reliquias de la Santísima Virgen María, lo que valdría tanto como negar su Asunción gloriosa á los cielos.

A las autoridades de la Iglesia latina que consideran fué Jerusalén el lugar de la dichosa muerte de la Reina de los Angeles, se juntan las de la Iglesia griega. Entre otros San Germán, arzobispo de Constantinopla, contemporáneo de San Juan Damasceno, dice que la Virgen Santísima sufrió la ley común de la muerte; que su cuerpo no experimentó corrupción, sino que fué llevado al cielo por ministerio de Angeles (*V. la página 373*); que los Apóstoles fueron transportados milagrosamente á Jerusalén, como en otro tiempo el profeta Habacuc, para asistir al tránsito y funerales de la Bienaventurada Madre de Dios.

Las Iglesias de Oriente están conformes con la latina y la griega en colocar en Jerusalén la muerte y sepultura de la Santísima Virgen.

Pudieran aducirse innumerables razones y testimonios en apoyo de la generalísima, por no decir universal creencia, que coloca la muerte de nuestra Madre y Señora en el monte Sión, y su sepulcro glorioso en el valle de Josafat. ¡Cuán grandes son los afectos del peregrino cristiano en aquel lugar sacratísimo!

CRÓNICA

Roma.— Por decreto de la Congregación de la Propaganda se ha separado de la Prefectura Apostólica de Dahomey, en el Africa Occidental, la parte que se extiende hasta la Costa de Oro, agregándose á esta última la parte segregada. El territorio de los Basutos, en el Africa Meridional, entre los montes Drakenberg y el río Caledón, se ha separado del vicariato apostólico de Orange, para constituir una prefectura apostólica, que se ha encargado al Rdo. P. Odite Monginoux, de la Congregación de la Immaculada Concepción.

—El Pastor Fischer, de la Iglesia metodista americana, en Roma, acaba de convertirse al Catolicismo, haciendo solemne abjuración de sus errores y recibiendo el Bautismo y los demás Sacramentos.

El hecho de haber sido realizada esta conversión inmediatamente después de haber aparecido la última Encíclica, en que el Pontífice invitaba á los protestantes á unirse á la Iglesia católica, ha conmovido profundamente á León XIII, que aprovechó la ocasión para nuevamente recomendar se redoblen las oraciones por la conversión de los disidentes.

—*Das Vaterland*, de Viena, publica á propósito del eco que ha tenido la última Encíclica de León XIII en Oriente, una carta interesantísima de Filippopoli.

Los orientales, dice, comienzan á volver los ojos á Roma y á alimentar sentimientos de deferencia á la Santa Sede. Los pueblos eslavos de Bulgaria y de Servia son los que han recibido

mejor hasta ahora la palabra del Papa. Los diarios búlgaros han cesado en los ataques á León XIII, cuyos méritos singularísimos reconocen. La misma conducta sigue la prensa de Servia.

El reconocimiento de la liturgia eslava en el Montenegro, ha aumentado también considerablemente la corriente de simpatías de los eslavos á Roma.

Hace constar también *Das Vaterland* que la Encíclica del Papa ha alcanzado considerable difusión en todo el Oriente, y que pueden alimentarse grandes esperanzas en los resultados prácticos que esta semilla habrá de dar en lo porvenir.

—Dícese que se trata de fundar en Roma una Congregación independiente de la de Propaganda, para estudiar los medios de unir las dos Iglesias Oriental y Occidental. Esta medida será el complemento de la última Encíclica.

—Sa habla de la creación de una embajada otomana en el Vaticano. Triunfo más notable de la política pontificia que el recientemente obtenido sobre Rusia y que debería avergonzar á las potencias católicas que no tienen representante en la corte del Papa.

Inglaterra.— Los católicos de Londres van á tener al fin su Catedral. Hasta aquí la Sede episcopal estaba en la iglesia de Kensington, dotada por este motivo con el título provisional de pro-catedral, mientras que las grandes ceremonias se hacen ordinariamente en la suntuosa iglesia de los Padres del Oratorio.

El *Tablet*, órgano de S. E. el Cardenal-Arzbispo de Westminster, nos anuncia que este estado de cosas va á cesar, y que no se tardará en poner manos á la obra.

El nuevo templo se levantará en un terreno comprado á este efecto por el difunto cardenal Manning en las inmediaciones del Palacio arzobispal.

El estilo adoptado para la Catedral es el latino, habiéndose desechado el gótico á causa de la proximidad de la espléndida abadía de Westminster, maravilla de los siglos XIII, XIV y XV. Todo edificio al alcance de los medios de que el Primado de Inglaterra puede disponer no podría necesariamente compararse con la antigua abadía.

Por eso y por la dificultad de encontrar arquitecto capaz de erigir monumento semejante, se ha desechado, ocurriendo lo mismo con el estilo del renacimiento, pues San Pablo de Londres y la magnífica iglesia del Oratorio son templos con los cuales es difícil rivalizar.

Un monasterio de benedictinos estará afecto á la nueva Catedral para asegurar la perpetuidad del Oficio canónico, porque la escasez de clero secular hace imposible la formación de un Capítulo residente suficientemente numeroso.

Los católicos de Inglaterra están muy satisfechos.

Polonia.— Cracovia, la ciudad real, la Roma polaca, celebrará en breve la fiesta del tercer Centenario de la canonización de San Jacinto por el Papa Clemente VIII. San Jacinto, discípulo é hijo de Santo Domingo, cuya Orden introdujo y propagó en toda Polonia, descansa en la iglesia de su Orden, que es una joya insigne en el rico catálogo de los santuarios de Cracovia. Nada se ha omitido para aumentar el brillo de las fiestas jubilaes, la mayor parte de los Obispos polacos (exceptuando los de la Polonia rusa, á los que una fuerza mayor impide siempre participar de las fraternales reuniones de sus conciudadanos), han sido invitados y han prometido asistir.

Se espera un inmenso concurso de peregrinos, y los Dominicos pondrán todo su celo en celebrar dignamente este glorioso aniversario. Pero en Polonia, todo júbilo va necesariamente revestido de duelo. En medio de la animación y entusiasmo para celebrar el centenario de San Jacinto, los católicos polacos no podrán menos de pensar con dolor en el número considerable de monasterios y de templos que pertenecieron en otro tiempo á los Frailes Predicadores, y que fueron fundados en parte por el Santo, cuya memoria tratan de celebrar, que han sido sucesivamente cerrados, confiscados ó violados por una persecución ya secular, que data desde la división de Polonia, antiguamente tan rica en casas religiosas y en santuarios de Santo Domingo.

Turquía.—El Gobierno del Sultán encargó al P. Fr. Vicente Scheil, dominico francés, una comisión científica á fin de practicar algunas excavaciones en el territorio de Abón-Abbá.

El P. Scheil, en medio de los escasos medios de que podía disponer, ha conseguido descubrir objetos de la mayor importancia relativos á las artes asirias de la antigüedad, entre las ruinas de la antigua Síparis.

Entre los objetos descubiertos por el famoso orientalista, figuran: muchos cientos de escrituras de la dinastía de Kam-murah, fragmentos de silabarios, algunos himnos, y una curiosa colección de vasos que tienen la forma de animales. Todos estos objetos han sido depositados en el Museo imperial de Constantinopla.

Maduré (Indostán).—Continúa siempre corriendo la sangre de los valientes atletas de Jesucristo, fecundando los campos áridos de las Misiones del Catolicismo. Según carta que nos escribe el P. Carrier, la del Maduré y la insigne Compañía de Jesús cuentan con un nuevo mártir, el P. Ambrosio Amirdan, muerto por los salvajes á golpes de barras de hierro.

El P. Amirdan nació en Hariscal el 3 de Septiembre de 1838 de ilustre familia, é ingresó en la Compañía de Jesús, terminados sus brillantes estudios en el colegio de Negapatam. Sobresalió siempre por su piedad, su caridad, y sobre todo por su celo, para la conversión de los gentiles y mejora de costumbres de los cristianos. Fué uno de los misioneros que desde el año 1884 ha bautizado más paganos adultos.

Viajaba el P. Amirdan desde Tutecirin á Palagakagel, cuando acudieron los cristianos á decirle que un sacerdote idólatra, tenido como hechicero, edificaba sobre el mismo terreno de la iglesia. Fué el Padre al sitio indicado y habló á los paganos con la tranquilidad, dignidad y mansedumbre que acostumbra; uno de aquellos salvajes se aproximó y le hirió por detrás encima de la espalda izquierda con una barra de hierro, dándole golpe tan violento que el mango de madera vino al suelo hecho pedazos. El Padre cayó de rodillas, cruzó sus brazos sobre el pecho y fijó sus ojos sobre el cielo. «Yo, dice el P. Carrier, que le traté con intimidad, no dudo en creer que sintiéndose herido mortalmente perdonó á sus verdugos, y dijo á lo menos con el corazón, las palabras del Divino Maestro: «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.»

Un segundo asesino le hirió en la cabeza verticalmente con el extremo de otra barra de hierro, causándole una herida de tres pulgadas de profundidad que se extendía oblicuamente desde el vértice de la cabeza hasta una pulgada de la oreja izquierda.

La sangre salió á borbotones impregnando la tierra, y el Padre quedó tendido como muerto. Aquellos salvajes continuaron hiriéndole con redoblados golpes, sobre todo en el pecho, é iba uno de ellos, más feroz, á cortarle la cabeza y los miembros con una hoz, cuando un valiente cristiano, hermano de uno de los mejores sacerdotes indígenas de la Misión, con peligro de su vida, detuvo la mano sacrilega de aquel bárbaro y libró al mártir de sus verdugos.

Al día siguiente, después de horribles sufrimientos, el P. Amirdan espiró, teniendo á su lado á los PP. Carrier, Peyret y á muchos cristianos admirables por su caridad y abnegación. «Y he aquí, añade, cómo tenemos un mártir más. Esperemos que su sangre preciosa será semilla de nuevos cristianos.»

Uganda (Africa Oriental).—Léanse en un periódico las siguientes noticias relativas á aquella lejana Misión:

«El célebre capitán Lugard, bajo cuyas órdenes se llevó á cabo el degüello de los católicos de Uganda, procuró disculpar su conducta, diciendo que los misioneros en aquella región eran todos franceses, y que trabajaban en extender allí el influjo político de Francia.

«Fútil pretexto á todas luces, y falsedad tremenda.

«Así y todo, han convenido el Ilmo. Livinhac y el Emmo. cardenal Vaughán en que, de hoy en adelante, las Misiones católicas de Uganda estén á cargo de los Padres ingleses de la *Foreign Missionary Society*, para lo cual se retirarán de la comarca los Padres Blancos, que son franceses.

«El Padre Santo ha aprobado el arreglo hecho de común acuer-

do por ambos Prelados. Y ahora, caso de que algún nuevo Lugard quiera llevar á cabo algún nuevo degüello de católicos negros, deberá inventar alguna nueva mentira para justificarlo.»

Noticias varias.—Ha sido consagrado en París Obispo de Constantina (en Argelia) Mons. Laferriere; fué consagrante el Prelado de la Rochelle, y asistentes los de Amiens y Jericó.

Presenciaron las ceremonias los de Acra en el Líbano y Goyar en el Brasil, y el auditor de la Nunciatura apostólica en Francia, Mons. Celli.

—Glasgow, la gran metrópoli escocesa, cuya población excede de 580,000 habitantes, posee hoy diecisiete parroquias católicas. En una gran Misión dada por los Padres Jesuitas, Dominicos, Pasionistas y Franciscanos, más de mil personas han ingresado en la única Religión verdadera, continuando las conversiones.

—Una Sociedad inglesa ha obtenido el permiso del Sultán de Turquía para practicar excavaciones debajo de la mezquita de Omar, en Jerusalén, con el propósito de descubrir la tumba de David.

—Hoy que tanto se habla de la guerra entre China y Japón, así como el motivo que la ocasiona, ha recibido la *Verité* de París una carta de un católico chino que, entre otras cosas, trata de la introducción del Catolicismo en Corea. Data, según el autor de la citada epístola, desde 1783, en que Yi, hijo de un mandarín ilustre, acompañado de su padre, fué á Pekín, incorporándose á los misioneros europeos establecidos en Pekín con el objeto de estudiar las matemáticas.

Fué bautizado en Febrero de 1784 por el P. Chislain, lazarista, y cuando regresó á Corea elogió las verdades del Evangelio, instruyendo en ellas á sus parientes y amigos. Las mujeres, sobre todo, abrazaron con ardor la nueva Religión, y pronto Pedro Yi, que así se llamó convertido al Catolicismo, logró bautizar á cuatro mil compatriotas suyos, no sólo en la capital, Seul, sino en sus alrededores.

En la actualidad existen quince mil católicos en Corea.

—Dice un periódico americano: «Treinta y dos convertidos, casi todos adultos, once hombres y veintiuna mujeres, recibieron públicamente el bautismo, hace algunos días, en la iglesia de San Eduardo, en Filadelfia, presenciando el acto un gran número de fieles. Se decidieron á abandonar el Protestantismo y abrazar el Catolicismo en una Misión que predicaron algunos Padres Jesuitas. Se sienten dichosos en su nueva Religión, y le dan gracias á Dios por el don inestimable de la fe.»

TERREMOTOS EN CONSTANTINOPLA.—La antigua Bizancio se ha conmovido hasta sus cimientos á causa de los horribles temblores de tierra, que han llenado de escombros la ciudad y sus cercanías. Sin contar las pérdidas materiales ocasionadas por esta gran desgracia, las numerosas familias que han quedado sin pan, sin hogar y sin esperanza, las víctimas humanas de tan terrible catástrofe, ascienden á más de doscientas. A pesar de los esfuerzos del Sultán, que ha abierto generosamente sus tesoros para remediar tamañas calamidades, muchísimas personas están pereciendo de miseria, y, lo que es peor, apartadas casi todas de la verdadera Religión, no se acordarán en su desgracia de acudir á la providencia amorosa del Señor, que castiga á los pueblos con semejantes azotes para que se conviertan á Él y se salven. Llevemos al corazón de tantos infelices á lo menos el consuelo de nuestras oraciones, que por ventura Dios se apiadará de ellos, y muchos serán salvos que de otra suerte se condenarían.

UNA NUEVA RELIGIÓN.—El Rdo. Jenkín Lloyd Jones, pastor de la Iglesia unitaria *of All Souls*, de Chicago, ha hecho dimisión de su cargo y va á fundar una parroquia independiente. La iglesia costará 250,000 pesos. Tendrá cuatro pisos, con salas para baños, para biblioteca y también para ejercicios gimnásticos. En las predicaciones no se enseñará ningún dogma. Cada uno creerá lo que le dé la gana. Los antiguos feligreses del reverendo pastor están dispuestos á seguirle, y ya han aportado el dinero para levantar el templo.

CANIBALISMO.—El cónsul de los Estados Unidos en Guaymas, Sonora (Méjico) ha dado cuenta á su Gobierno de haber sido atacados y comidos por los indios ceris en la isla del Tiburón (Baja California) dos ciudadanos americanos, los Sres. R. E. Robinson, de Texas, y James Logán, de Luisiana, que navegando por aquellas costas en la balandra *Examiner*, de diez toneladas, saltaron en tierra en dicha isla con ánimo de cazar ciervos. Los indios, que al principio les habían manifestado amistosas disposiciones, los mataron á tiros é hicieron banquetes de sus cuerpos. Esto dícese pasó el 20 de Mayo.

Los supervivientes se dirigieron en su embarcación á Guaymas, á donde llegaron el 30, dando parte de lo ocurrido al agente consular.

El Gobierno de los Estados Unidos ha pedido al de Méjico el castigo de los indios, si en efecto resultara cierta la noticia. En Méjico no se le da ningún crédito; esto no obstante, se han enacosiado tropas á la isla del Tiburón á investigar el asunto.

LA DANZA DEL SOL.—A pesar de la prohibición del Gobernador del Estado, los indios, cris de Montana, se entregaron, como acostumbra, á su danza anual del sol.

Cerca de la pequeña población del Havre, en el condado de Choctaw, tres jóvenes indios fueron colgados por medio de garfios con que se les atravesó la piel de la espalda, y el jefe de la tribu, Little Egg, les hizo numerosas incisiones en todo el cuerpo. Los tres indios se desmayaron antes que terminase esta bárbara ceremonia.

En seguida se hicieron á otro joven indio agujeros también en la piel de la espalda, y pasando por ellos correas, ataron cuatro cabezas de bisontes, haciéndoselas arrastrar hasta una gran distancia; después le cortaron ochenta pedazos del cutis de los brazos, á fin de conservarlos como recuerdos.

VARIEDADES

EL REINO DE COREA

Ahora que el reino de Corea ha sido causa de la guerra entre China y el Japón, son oportunas algunas noticias de aquel reino.

Ningún país ha practicado con tanta persistencia como Corea lo que puede llamarse política de aislamiento. Aparte de las leyes prohibitivas que excluyen á los extranjeros, Corea ha creado al Norte un desierto, frontera de protección que aleja la ambición de sus vecinos. En el litoral una acumulación de archipiélagos y de arrecifes, tan complicados como peligrosos, dificulta la llegada de los buques extranjeros, y en las partes más accesibles una red de fortificaciones, que abraza en algunos puntos un radio de 50 leguas; pone al país al abrigo de una invasión.

Desde el punto de vista industrial, comercial y artístico, Corea es un país nuevo. La agricultura es la preferente, y está en próspero estado. Las industrias locales están retrasadas. Las casas, construídas de paja ó de tierra, no tienen carácter monumental. Ciudades y aldeas tienen el mismo aspecto y se parecen. El comercio se desarrolla sólo desde hace algunos años, sobre todo en las inmediaciones de los tres puertos abiertos al Japón.

Seul, capital de Corea, es una ciudad de 200,000 habitantes próximamente; comunica con el mar por un pequeño río seco en la marea baja; su puerto, Mapu, está á unos diez kilómetros de la ciudad.

La capital está protegida por cuatro fuertes, cons-

truídos á algunos kilómetros en Hang-Hoa, Kair-Yeng, Koang-Tayón y Syón-Ouen. Una alta muralla almenada la encierra, á imitación de la de China; está abierta por dos puertas monumentales al Este y al Oeste; esta última está precedida de un doble recinto cuadrilátero fortificado, que puede servir de campo atrincherado.

Los antiguos y el nuevo palacio real, rodeados de murallas, forman como pequeñas poblaciones en medio de la masa enorme de callejuelas inextricables, donde los industriales se agrupan por profesiones. Un barrio está ocupado por los nobles, otro por los japoneses, que tienen á su cargo la policía, y otro por los chinos. Las casas son tan bajas, que está prohibido bajo muy severas penas, mirar por encima de las empalizadas, y hay obligación de avisar á los vecinos cuando se va á reparar el tejado.

Hay en Seul escuelas especiales para el estudio de las lenguas extranjeras, las bellas artes, la astronomía y la medicina, y tiene un hospital. Pero hay que añadir que todos estos establecimientos están organizados de la manera más primitiva. Todavía no se conoce allí el telégrafo eléctrico, pero hay organizado un servicio de señales luminosas.

El servicio de correos está sólo á disposición del Estado. Existe en cambio en Seul una lotería real y tiene periódico oficial.

LA VIDA PATRIARCAL

Una de las puras alegrías del piadoso peregrino de la Tierra Santa, es ver con sus propios ojos las costumbres patriarcales; cuán vivas, claras é inteligentes se vuelven las escenas de los Libros Santos, cuando al recorrer esos lugares podemos tocarlas, ser testigos y en cierto modo actores de las mismas! La inmovilidad del Oriente ha hecho de él una especie de Pompeya, pero no de una Pompeya muerta donde el pasado está esculpido en esas piedras; sino una antigüedad viva aún, que se mueva y agita á nuestros ojos. Nosotros no conocemos á los romanos y á los griegos sino por sus escritos y por sus obras de arte, por sus mármoles, sus pergaminos, sus frescos y sus minas: Atenas no está ya poblada por los antiguos atenienses, y en Roma buscaríamos en vano á los antiguos romanos; pero en Palestina, como si Dios por una gracia especial, hubiera querido permitirnos juzgar aún hoy la exactitud de las descripciones que su espíritu ha inspirado á los autores sagrados, sus antiguos pobladores viven aún, usan poco más ó menos los mismos vestidos, hablan una lengua muy poco diferente, tienen los mismos giros en sus frases, el mismo tono, los mismos hábitos, las mismas costumbres. Abrahán vive aún bajo la tienda, Sara amasa el pan para sus huéspedes, y Rebeca extrae el agua de la fuente. Los usos que reinaban en esos lugares hace cuatro mil años, se han conservado intactos y casi sin cambio.

Ninguna parte de los Libros Santos es más rica en cuadros de las costumbres patriarcales como las historias de Abrahán y de Jacob. Pues bien, no hay un solo rasgo de esos cuadros cuya exactitud no esté confirmada por los usos actuales de las tribus árabes. La costumbre de casarse dentro de la propia familia subsiste

aún, y un padre no da su hija á un esposo extranjero sino después de que los parientes la rehusaron. Hay tribus que jamás permiten que alguno de sus miembros tome mujer fuera de su seno. Las disensiones entre Sara y Agar se reproducen aún con frecuencia en las tiendas de los árabes, y á cada paso una de las esposas se ve obligada por el bien de la paz á abandonar la tienda conyugal.

Cuando una caravana se pone en camino para cambiar de pastos, «toda la riqueza que posee» se coloca la familia sobre el lomo de los camellos. Los esclavos que han comprado ó que han nacido de las que ya lo eran suyos, se ponen cerca de sus amos y al rededor de ellos, los rebaños de ovejas y de cabras caminan bajo la vigilancia del jeque, el patriarca de hoy, que se distingue de todos los otros por su manto de púrpura y la faja de cuero que rodea su turbante. Empuña la lanza para guiar la marcha y fijar el lugar del campamento. Las mujeres llevan joyas, como las que Eliezer dió á Rebeca y con las que se adornaba Sara: usan aún el *nezem*, anillo de oro ó de plata, recargado de perlas y de coral; collares y brazaletes de oro adornan su cuello y sus manos. El Génesis nos ha conservado y descrito en detalle dos escenas de costumbres que merecen más detenida consideración: la hospitalidad dada á los tres Angeles en Mambré y la compra de la caverna de Makpelah. Ambas se verifican en los contornos de Hebrón, de esa ciudad á la que Abrahán legó su nombre de *amigo de Dios*, *El khalil*, como lo llaman hoy los árabes, y donde las costumbres antiguas se han conservado con más persistencia y tenacidad.

El patriarca hebreo acampa en un bosque de terebintos, de ese árbol majestuoso que extiende á lo lejos sus ramas y su sombra. Cuando encuentra uno de estos árboles hospitalarios arma su tienda, pero desde la hora del medio día no puede ya permanecer en su interior, donde el aire circula apenas, y por eso se fija en la entrada, esperando la brisa de la tarde. En esta hora los viajeros, que han partido al amanecer, abrasados por el ardor del sol, buscan un lugar de reposo. En un campamento nómada, la tienda del jeque se distingue siempre de la de los demás miembros de la tribu, y cuando los viajeros son personajes de distinción á ella se dirigen. Las leyes de la hospitalidad, tan escrupulosamente observadas en Oriente, exigen que se les haga una acogida llena de agasajos. Si el viajero es un hombre vulgar, el amo sólo se levanta para recibirlo; pero si es persona de distinción, los usos mandan que el que va á darle hospitalidad le salga al encuentro, y después de haberse prosternado profundamente delante de él, lo conduzca á la tienda rodeándole con sus brazos la cintura ó dándole suaves golpes en la espalda para asegurarle la bienvenida. No se le dirige pregunta alguna, sino que al momento se le ofrece agua para lavarse los pies, porque como las sandalias que se usan en Siria y Arabia dejan desnuda la parte superior de los pies, éstos al cabo de un día de camino quedan cubiertos de polvo y abrasados por la arena caliente.

En seguida se prepara el banquete que reparará las fuerzas del viajero, agotadas por el camino. En Oriente se cuece diariamente el pan, y no se prepara sino la cantidad necesaria para las necesidades de la familia.

Son siempre las mujeres, y ordinariamente el ama de la casa, las que amasan el pan y lo cuecen, ó en una tienda separada, ó en la parte de la de los hombres que está exclusivamente reservada, si no tienen una para ellas solas. El pan poco tarda en estar listo. Se mezcla la harina con el agua, y se hacen grandes tortas sobre las piedras, que se tiene cuidado de calentar con anticipación, se les cubre con ceniza, y á los pocos minutos pueden servirse.

Sólo á los personajes de alto rango se obsequia con carne, degollándose un cordero ó un cabrito. Pero la mayor prueba de estimación que se puede dar á los extranjeros, es ofrecerles una ternera, como hizo Abrahán. Se usa entera ó se despedaza en cuartos que se colocan separadamente sobre el fuego. Se come acompañada de trigo molido y nadando en mantequilla líquida. Cada trozo de carne se coloca sobre un pedazo de pan, y los comensales se sirven de las manos para dividirlo y llevarlo á la boca. Una escudilla de leche de camella termina la comida. Por más que haya numerosos criados para atender á los forasteros, el huésped mientras que éstos comen sentados, se hace un deber de estar en pie por cortesía. He aquí lo que se hacía hace cerca de cuatro mil años, en el Sur de la Palestina, y lo que aún hoy se hace entre los pueblos nómadas del desierto á quienes el progreso de la civilización y los refinamientos del lujo son completamente desconocidos. Si los Angeles vinieran á pedir hospitalidad á algún piadoso jeque árabe, serían recibidos exactamente como lo fueron por Abrahán.

NECROLOGÍA

ILMO. MIDÓN, OBISPO DE OSAKA

Nació en la diócesis de Nancy el 7 de Mayo de 1840. Después de brillantes estudios fué ordenado sacerdote el 21 de Mayo de 1864. Desempeñó diferentes cargos, y sintiéndose llamado á evangelizar las naciones paganas, entró en el Seminario de las Misiones Extranjeras el 25 de Septiembre de 1869, y el 3 de Agosto del año siguiente fué destinado al Japón, en donde no había cesado aún la persecución contra los cristianos.

Pasó los primeros años en Nagasaki, y una vez aprendida la lengua japonesa, fué enviado á Yokohama y después á Tokio, captándose el aprecio de cuantos le trataban.

En 1874 el Ilmo. Petitjean le nombró provicario de la parte Norte de la Misión, donde trabajó con el mayor celo. Cuando el Japón Central fué erigido por León XIII en vicariato, los misioneros le eligieron por vicario apostólico, siendo consagrado con el título de Obispo de Cesarópolis el 29 de Junio de 1888.

En Enero del siguiente año bendijo la primera piedra de la hermosa iglesia de Kioto. Después del Sinodo de Nagasaki, en el que tomó parte muy activa, y del establecimiento de la jerarquía sagrada en el Japón, que le comunicó el título de obispo de Osaka, el Ilmo. Midón fué á pasar algunos meses en el Sanatorio de Hong-Kong, para restablecer su quebrantada salud. De vuelta al Japón, prosiguió sus trabajos; pero habiéndose agravado su enfermedad, en 1892 los médicos le prescribieron que regresase á Francia.

En Enero de 1893 llegó á Marsella. En París se puso bajo la dirección de los médicos, y recobró la salud; mas al dirigirse á Roma, enfermó de la *influenza* en Marsella, y el 12 de Abril, confortado con los Santos Sacramentos, entregó su espíritu al Señor. La medida de sus méritos estaba colmada.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.